

**MOMENTOS CON MI ABUELO II**  
(Las primeras verdades)

Francisco-Manuel Nácher López

## MOMENTOS CON MI ABUELO II

### Prólogo de la segunda parte

Desde la aparición de MOMENTOS CON MI ABUELO, en 1998, ha sido ingente la cantidad de cartas recibidas pidiéndome una segunda parte. Fue tal la aceptación de la obra, que se agotó rápidamente.

Ha habido emisoras de radio que han incluido en sus programas la lectura de capítulos sueltos; ha habido madres de familia que me han escrito que leen esta obra diariamente a sus hijos antes de irse a la cama; ha habido maestros que han visto en ella lo que podría ser una luminosa guía para aprender a dar los primeros pasos por la vida; ha habido quien me ha dicho que le ha recordado su infancia y a su abuelo, y que ha sido feliz leyéndola; ha habido quien me ha asegurado que debería figurar en todas las bibliotecas y en todas las instituciones de enseñanza; y quien me ha asegurado que, desde el punto de vista literario, aúna la fluidez, la claridad, la agilidad y la elegancia; y quien ha descubierto en ella una gran ternura; y quien me ha asegurado que con ella ha aprendido a razonar; o a mirar la vida de modo diferente y hasta a vivirla; o a elevarse, con su lectura, a niveles interiores que le eran desconocidos...Ha habido, pues, opiniones para todos los gustos Y, afortunadamente, todas positivas.

Sin embargo, lo que más me ha impresionado de todo lo que esos emocionados lectores me han dicho ha sido el comprobar que mi abuelo ha adquirido vida propia. Una vida distinta de la que yo le di. Pero también distinta para cada uno. Y que, aunque siempre mezclado con el abuelo del lector y con sus propias experiencias, sigue siendo mi abuelo. Y, cuando los que tienen posibilidades de hacerlo, - por razones de proximidad geográfica o de amistad - me hablan de “mi abuelo”, compruebo que lo han hecho propio, que mi abuelo forma ya parte de su familia y, sin embargo, sigue siendo mi abuelo.

¡Curioso fenómeno el de la creación literaria! Ahora, al iniciar la redacción de la continuación o, más exactamente, de la segunda parte de MOMENTOS CON MI ABUELO, no puedo evitar verme influenciado, coaccionado, limitado por esos “abuelos” que todos esperan reencontrar, lo cual, esta vez dificulta mucho más el trabajo y me hace recordar frecuentemente la conocida afirmación cervantina de que “nunca segundas partes fueron buenas”. Quiera Dios que, como le sucedió al Quijote, resulte ésta, por lo menos, tan afortunada como la primera.

Quisiera dejar claro que esta segunda parte irá produciéndose poco a poco. Y ello por dos motivos importantes: primero, porque la obra no está concluida sino poco más que iniciada y no sería justo hacer esperar a los ilusionados lectores hasta su terminación, que no sé cuándo se producirá. Y segundo, porque la técnica actual nos permite poner lo que uno escribe a disposición de todo el mundo con sólo colocarlo en una página de internet; y sería inadmisibile no hacerlo a medida que la obra vaya creciendo, dado que la primera parte ya está así, al alcance de todos, y que los lectores siguen clamando por una continuación.

Así que, querido lector, aquí tienes otra serie de escenas de unas vidas ordinarias, pero vistas desde la perspectiva de un abuelo especial - que se esforzó por encarrilar a sus dos nietos del mejor modo posible por la vida que les esperaba - y de su nieto que, muchos años después, siendo él ya abuelo, rememora y agradece lo que aquél suyo irrepitible sembró en él y en su hermana. Sé benévolo con los tres.

Pozuelo de Alarcón, a 3 de Septiembre de 2005

\* \* \*

## EL ALACRÁN CEBOLLERO

### 1.

Yo había cazado un alacrán cebollero y lo tenía en un tubo de cristal. Lo estaba observando con detalle. Mi hermana se acercó, lo miró y dijo:

- ¿De dónde has sacado ese *tallarrós*? (así los llamábamos entre nosotros y se siguen llamando en valenciano). ¡Que asco de bicho! ¡Qué feo es!

Realmente, a primera vista no es un animal bonito ni de línea elegante. Parece como deforme o, mejor, desproporcionado, con su gran cabeza, con sus dos patas anteriores convertidas en palas excavadoras, con esas alas rudimentarias que no le sirven para nada y ese color tierra...No. No es hermoso, pero a mí me gustaban los alacranes cebolleros. Resultaba interesante tenerlos en la mano y verlos moverse torpemente, fuera de su medio habitual y, seguramente deslumbrados por la luz del sol. Así que, salí en su defensa:

- No es feo - dije - Es como es - continué, mientras lo volcaba del tubo a la palma de la mano. - Seguramente a su madre le parecerá hasta guapo y, a lo mejor, el más guapo del mundo.

- A su madre puede que sí, pero, bien visto, es feísimo; - insistió mi hermana - hasta da asco y no sé cómo puedes ponértelo en la mano.

Yo nunca comprendí ese asco que mi hermana, y las demás chicas - luego he comprobado que se extiende a casi todas las mujeres - sentían por algunos insectos y, sobre todo, por los saltamontes. Siempre me pareció ilógico, ya que los pobres no nos hacen nada. Así que, en un intento de ayudarla a quitarse aquel complejo injustificado, le tomé la mano e intenté ponerle en ella el alacrán cebollero. Mi hermana dio un grito y fue a pedir auxilio a mi abuelo. Y éste acudió a ver qué sucedía.

Al ver el animal en mi mano, me miró como preguntándome qué había ocurrido y yo le dije:

- Es que la nena tiene miedo del pobre.

- ¡Claro, es asqueroso! - replicó mi hermana.

Como yo seguía sin comprender aquel asco, le pregunté a mi abuelo:

- Abuelito, ¿a ti te da asco también?

- No - dijo mi abuelo - Es un animal inofensivo y, a su manera, es bonito.

-¿Bonito? - clamó mi hermana - ¿eso bonito? Si hasta vive en cuevas...

- ¿Y qué? Son su casa - corté yo ofendido - a lo mejor a él no le gusta esta casa y hasta puede que tú le des asco.

- ¿Y por qué tengo que darle asco?

- Por la misma razón que él te lo da a ti. Ninguna.

Mi abuelo, viendo que aquello no tenía fin, intervino conciliador:

- Bueno, os estáis olvidando de algo.

- ¿De qué? - dijimos los dos a coro.

- De que todo es relativo.

Mi hermana, rápidamente, replicó:

- ¿Y a mí qué me importa? A mí me parece feo y me da asco.

Realmente, ante aquello, no había argumento. Yo no veía la fealdad ni el motivo de los ascos pero, ¿qué podía responder? Así que miré a mi abuelo pidiéndole ayuda. Y él, como siempre, supo acudir al quite:

- ¿A vosotros os parece que en verano hace aquí mucho calor?

La pregunta era desconcertante, pero mi abuelo actuaba así y nosotros lo sabíamos. Así que no nos extrañó, y nos apresuramos a responder:

- Sí.

- ¿Y pensáis que el desierto del Sahara hará más calor que aquí?

Yo tenía unos cromos, que mi hermana y yo habíamos estado viendo unos días antes, en los que aparecía el desierto del Sahara, todo lleno de arena caliente, de modo que no lo dudamos:

- Sí.

Y, si un habitante del Sahara, acostumbrado a un calor mucho mayor que el de aquí, viniese a casa un verano, ¿pensáis que diría que hacía mucho calor?

Nos quedamos pensativos. Estaba claro que no. Que para él, el nuestro no sería mucho calor. Fue mi hermana la que habló y ya a la defensiva:

- A él no le parecería mucho calor, pero a mí, sí.
- Precisamente. ¿Y quién de los dos tendría razón?

La pregunta era interesante. Puse mi mente a trabajar. Estaba claro que los dos no podían tener razón, porque eran dos opiniones distintas, prácticamente opuestas, sobre una sola cosa y la verdad no podía estar en las dos a la vez. Por otro lado, estaba claro que cada uno tenía razón. Así que respondí.

- Los dos.
- Ninguno.- dijo mi hermana al mismo tiempo.

Mi abuelo quedó un momento en silencio. Luego, preguntó a mi hermana:

- ¿Por qué ninguno?

Porque - respondió ella - si yo digo que aquí hace mucho calor y allí resulta que hace más calor, no tengo razón. Y si él dice que aquí hace poco calor, tampoco tiene razón, porque es verdad que hace mucho calor.

Entonces mi abuelo me miró y me dijo:

- ¿Y tú qué opinas?
- Pues - dije - que yo aquí tengo mucho calor y, si fuera al Sahara, tendría más, pero aquí seguiría haciendo mucho calor, luego yo tendría razón. Y a él le pasaría lo mismo, pues allí hace mucho calor.

Mi abuelo, vistos los resultados de nuestra pesquisa, tomó la palabra y lo complicó más aún:

- ¿Si una persona tiene cien pesetas y otra tiene mil, ¿cuál de ellas es la rica?
- La que tiene mil - respondimos los dos.
- Y, si hay otra que tiene diez mil, ¿cuál es la rica?
- La que tiene diez mil - dijimos.
- ¿Entonces ya no es rica la que tenía mil? - inquirió.

Nuevo desafío. En ese momento empecé a comprender lo que mi abuelo trataba de hacernos ver al decir “que todo es relativo”: la

ausencia de la verdad absoluta, la relatividad de las opiniones y de los gustos y de las sensaciones y de las emociones y de las ideas. Así que, impresionado por el hallazgo, dije:

- Es que, para el que tiene cien, el que tiene mil es rico, pero el que tiene diez mil, es más rico aún.

- Y - completó mi hermana, convencida - para el que tiene diez mil, el que tiene mil es pobre, pero el que tiene cien es más pobre aún.

- ¿Y qué conclusión sacáis de todo lo que hemos hablado?

Ahí estaba el meollo al que mi abuelo quería llegar. Así que, me apreté los machos y me puse a discurrir, a comparar las situaciones del alacrán, el calor y el dinero, porque intuí que ese debía ser el camino... ¡Y lo encontré! De repente lo vi claro, así que, con gran satisfacción, dije:

- Es que cada uno tiene una manera de ver las cosas. Y para él son como él las ve.

- ¡Perfecto! - exclamó mi abuelo con satisfacción. Y añadió:

- ¿Pero son de verdad como él las ve?

Nuevo desafío. Aquello nos gustaba, aunque era agotador. Uno sentía una tensión interior, un afán de encontrar la respuesta que no se podía comparar con nada. Ahora sé que lo que mi abuelo estaba sembrando en nosotros era la curiosidad por saber. Recuerdo que pensé: a mi hermana le parece feo y para ella lo debe ser, si no, no lo diría. Pero a mí no me lo parece y, por tanto, para mí no lo es. Pero no puede ser bonito y feo a la vez. ¿O sí? Desde luego, parece que sí. Y, ¿cómo puede ser eso? De repente empezó a surgir la luz, en forma de una pregunta más profunda: ¿cómo era, de verdad, el alacrán cebollero? ¿cómo yo lo percibía o como lo percibía mi hermana? Pero, ¿lo percibíamos los dos igual? ¡A lo mejor, no! Así que dije:

- Es que cada uno ve las cosas diferentes y, a lo mejor no son como las vemos.

Mi abuelo se quedó callado. Entonces mi hermana añadió:

- Claro, para mí hace calor porque tengo calor y el del desierto, a lo mejor, tiene frío. Pero, a mí no me importa si él tiene frío. Yo siento calor. Y a él no le importa si yo tengo calor. Él siente frío.

- ¿Pero hace calor o no? - quiso aclarar mi abuelo.

- ¿Qué importa? - respondió mi hermana.

- Luego, tú te quedarás con tu calor y él con el suyo, ¿no?

- Sí - dijo mi hermana.

- Y a ninguno os importará lo que piensa o siente el otro, ¿no?

- Sí.

- Pues eso - concluyó mi abuelo - es lo que se llama relatividad.

Por eso os he dicho que todo es relativo.

Aquello lo aclaraba todo. Pero mi abuelo quiso profundizar en el tema y, dirigiéndose a mi hermana, le preguntó:

- ¿Tú sabes qué come y dónde vive el alacrán cebollero?

- Sí - dijo mi hermana.

- Se lo expliqué una vez - añadí yo - mientras mirábamos mi colección de insectos.

- Bien, ¿y qué come y dónde vive? - insistió mi abuelo a mi hermana.

- Come raíces e insectos y vive en cuevas que él mismo excava bajo tierra.

- ¿Y qué te parece esa manera de vivir?

- Horrible - fue su respuesta - ¡con lo buena que es la leche y la fruta y la tortilla de patatas!

Mi abuelo se echó a reír. Yo me consideré en la obligación de continuar el diálogo, y dije:

- Pero a él le gusta ese modo de vivir. Si no le gustara, bebería leche y comería frutas y - concluí riéndome a carcajadas - se haría tortillas de patatas.

Y los tres nos echamos a reír, imaginando al pobre alacrán cebollero haciéndose una diminuta tortilla de patatas. Por fin, mi abuelo quiso que extrajéramos la quintaesencia de todo y preguntó:

- ¿Qué enseñanzas se deducen de todo lo que hemos hablado?

Mi hermana, inmediatamente, respondió:

- Que cada uno ve las cosas de un modo.

- Y que - seguí yo - por eso no debemos querer que los demás las vean, a la fuerza, como nosotros las vemos.

- Y que - prosiguió mi hermana - seguramente, ninguna cosa es como la vemos, porque si cada uno la ve distinta...

- Y que - agregué yo - no podemos saber cómo son las cosas de verdad y nos hemos de conformar con lo que vemos.

- Bueno - dijo mi abuelo satisfecho - veo que ha sido interesante la lección que nos ha dado el alacrán cebollero.



¡Y tan interesante! No pasa día en que no se me presente ocasión de recordar aquel diálogo y de reflexionar sobre la relatividad de las opiniones, para saber respetar las ajenas y tener derecho a exigir respeto por las mías.

\* \* \*

## EL IMÁN

### 2.

Era el último año de guerra, 1939. Yo tenía diez años. En la Granja, para nosotros, todo el día se reducía a jugar en el jardín (salvo el poco tiempo que nos ocupaban las clases que nos daba una monja camuflada de seglar). De modo que, como he explicado ya en otros capítulos, todos los niños de los funcionarios que allí vivían campábamos a nuestras anchas por todas partes, siempre, eso sí, dentro de los límites de la tapia cuadrangular que nos separaba del resto del mundo.

Lógicamente, y dada la curiosidad que he sentido siempre por investigar – a veces pienso que ésa (la de investigador) debe haber sido mi vocación frustrada – me ocupaba en estudiar y desmontar concienzudamente toda clase de máquinas y aparatos. Unas veces, lograba averiguar cómo y por qué funcionaban. Y otras, las más, me hacía sólo una ligera idea. Pero siempre sentí la satisfacción de la investigación pura. Pura para mí, claro, desde mi punto de vista, ya que no buscaba beneficio económico ni fama ni nada más que satisfacer aquella insaciable curiosidad.

Y ocurrió que, en esas actividades, llegué un día al garaje en que se había guardado, o más bien escondido, desde que estalló la guerra – como relato en otro capítulo – una furgoneta roja, a la que llamábamos “la Pepa”. Debido a estar tres años escondida y olvidada, la pobre tenía muy mal aspecto: llena de polvo, los cristales sucios y casi traslúcidos, los asientos mugrientos, las ruedas deshinchadas y en el suelo, los neumáticos cuarteados...A mí, honradamente, me pareció que estaba ya inútil, que jamás se podría volver a utilizar y que, por tanto, podía ejercer sobre ella mi curiosidad investigadora.

Así que, un día, con un poco de runrún en la conciencia – he de reconocerlo – porque aquello de que la Pepa ya no servía era una conclusión mía y no era una decisión de los mayores, dirigí mis pesquisas a su motor que, desde siempre, cuando aún la Pepa se empleaba antes de guerra, me había intrigado, con su manivela frontal para arrancarlo y sus suspiros, sus pistonazos y su traqueteo una vez en marcha. Levanté, pues, uno de los laterales del capó y quedé ante mis ojos el misterioso motor. Sentí como un poco de rubor, por haber destapado las interioridades de la Pepa. Fue como ver, o peor aún, mirar donde no debía. Pero pronto superé esa sensación y empecé a considerar que aquello era una mina. Una especie de “ciudad de Jauja” para un investigador como yo. Ni que decir tiene que mis primos y demás opinaron lo mismo y, como obedeciendo a una orden inexorable, nos dedicamos, concienzudamente, a desmontarlo. Para ello, como es lógico, contábamos allí mismo con toda clase de herramientas, que se conservaban colgadas, en su sitio, en unos paneles en la pared.

Al día siguiente del “ataque” logramos desmontar el ventilador. Luego, el radiador... y así, poco a poco, sin prisa pero sin pausa, la Pepa fue perdiendo su aspecto de ser vivo, aviejado pero vivo, y a adquirir el de cadáver en la sala de disección. Y, así como, al principio, cuando la Pepa aún era “la Pepa”, sentía cierto remordimiento cada vez que le quitaba una pieza, luego ya no. Luego no había en mí más sentimiento que el del investigador, ya sin conciencia del daño producido. Hasta que llegó un momento en que la pobre Pepa se quedó sin motor. Su cabeza era un enorme vacío. Las dos aletas laterales que la cubrían estaban aún levantadas. Pero dentro no había nada. Estaba descerebrada.

Sus piezas nos sirvieron para jugar a mil juegos y fueron extraviándose por aquel inmenso jardín, sin que nadie volviese a acordarse de ellas. Todas menos una. Una muy especial que, desde que la desmonté, me gustó y me atrajo especialmente. Era grande, de unos quince centímetros, de hierro fundido, con un peso considerable, y que tenía forma de U. Estaba forrada por un hilo de cobre enrollado sobre ella que, lógicamente, desenrollé para ver qué era lo que cubría. Resultó que no cubría nada especial. Simplemente hierro. Hierro fundido. De mayor, cuando estudié las dinamos, supe lo que aquello era: un electroimán, que servía para arrancar el motor, una vez rota su inercia inicial por el movimiento de la manivela de arranque.

Pero, lo que más me impresionó de aquella pieza de forma tan original fue que, en cuanto me descuidaba, la tenía llena de clavos y tornillos pegados a ella y que era capaz de levantar y de sostener en el aire herramientas de peso considerable sin hacer nada especial, simplemente poniéndolas en contacto con ella. Aquello era un verdadero hallazgo y presumí lo mío ante todos mis primos con la extraña propiedad de mi “herradura”. Y pensé, con razón, que había valido la pena desmontar la Pepa para descubrir aquello.

Me apropié, pues, de mi herradura y me dediqué a toda suerte de experimentos. Empecé con clavos, que se ponían de pie con sólo presentir su proximidad. Continué con las distintas partes de la Pepa que, si eran de hierro, eran capaces de sostener la U colgada de ellas con una fuerza invisible que yo no acababa de comprender. Y sin más que dos puntos de contacto: las dos puntas de mi U. Pero, lo verdaderamente emocionante, el paroxismo del descubridor lo experimenté cuando la, aproximé a las limaduras de hierro que se amontonaban sobre el banco del taladro de metales. Aquello fue impresionante: cientos, miles de limaduras se amontonaron, unas sobre otras, formando como pequeños hombrecitos que se colgaron de mi U, desafiando la gravedad hasta límites insospechados. Era como si todas se hubiesen enamorado locamente de ella y luchasen entre ellas por colgársele del cuello.

Se me ocurrió luego – pues las limaduras, una vez en contacto con mi herradura, eran muy difíciles de despegar – ponerlas sobre un papel y ver qué sucedía si colocaba mi U debajo del mismo. Y, ¡oh maravilla! las limaduras, formando infinitos hombrecillos, empezaron a correr sobre el papel, a medida que yo deslizaba mi U por la parte de abajo. Si separaba la herradura, se acostaban todos. Y, si la volvía a acercar, se erguían y la obedecían y la seguían sin rechistar.

Con aquel descubrimiento fui, gozoso, a mi abuelo y le mostré mis experimentos ante el asombro de mi hermana, que no había intervenido en ellos, preocupada en sus cosas. Mi abuelo miró mi U, me miró a mí y me dijo:

- ¿De dónde has sacado esto?

Me di cuenta demasiado tarde de que, llevado de mis ansias de presumir de mi descubrimiento, yo mismo me había delatado. Así que, con un nudo en la garganta, le dije:

- Estaba en el taller.

- ¿En el taller? ¿dónde?

Vi enseguida que mi abuelo no iba a parar hasta que le dijese la verdad, así que, hice de tripas corazón y respondí:

- En la Pepa.

Mi abuelo me miró. Esperó un poco e insistió:

- ¿En la Pepa, pero dónde?

No tenía más remedio. Hube de confesar:

- En el motor. Pero la Pepa lleva años allí parada, con las ruedas deshinchadas, llena de polvo y olvidada de todos y...

-Y tú te has acordado de ella, ¿no? – siguió mi abuelo.

- Sí. – respondí no muy satisfecho. Mi abuelo comprendió mis sentimientos y me dijo:

- La Pepa está retirada del servicio.

- ¿Entonces? – inicié yo esperanzado.

-Entonces – completó mi abuelo – no has hecho ningún estropicio, pero has de reconocer que tú creías haberlo hecho, por lo que tu culpa es la misma.

Aquello me hizo pensar: ¿Cómo iba a ser lo mismo romper una cosa que no sirve, que otra que sirve? Así que me defendí:

- Abuelito, – dije – si una cosa no sirve., no sirve. Y se puede romper porque no sirve. Pero si sirve, entonces sí que es malo romperla, ¿no?

- Desde el punto de vista del daño que causas a los demás rompiendo algo, sí. Pero desde el punto de vista verdaderamente interesante, que es el de la responsabilidad personal, no.

Mi hermana, previendo que se avecinaba algo interesante, trepó a las rodillas de mi abuelo diciendo:

- Pues yo no lo entiendo, abuelito. Porque, si no sirve, se puede romper.

- Vamos a ver – dijo mi abuelo tras un instante de silencio – Si tú – y me señaló con su índice – crees que la Pepa sirve y no debe estropearse y, sin embargo la estropeas, y luego resulta que no sirve, ¿en qué te diferenciarás de tu primo Vicentín, por ejemplo, si él sabe que la Pepa ya no sirve y por eso la estropea?

Yo me quedé muy pensativo. Aparentemente, los dos habíamos hecho lo mismo: estropear la Pepa. Pero aquella conclusión no me

acababa de convencer. Había algo que no coincidía...Mi hermana, siempre más observadora y más aguda, se apresuró a decir:

-En que Vicentín sabía que no servía.

- ¿Y?

- Y que por eso la estropeó.

Mi abuelo calló, esperando que nuestras reflexiones profundizasen algo más. Yo me iba dando cuenta ya de la diferencia, pero me resultaba difícil concretarlo y, sobre todo, reconocerlo, así que esperé a ver si mi hermana lo resolvía y me redimía a tiempo. Y, en efecto, mi hermana respondió:

- Pues que Vicentín sabía que no hacía nada malo y por eso lo hizo, y tú – me dijo mirándome – creías que estabas haciendo algo malo y lo hiciste.

- ¿Dónde está, pues, la diferencia? – insistió mi abuelo. No tuve más remedio:

- En que yo lo hice sabiendo que estaba mal.

- Pero no estaba mal – se apresuró a aclarar mi hermana, saliendo en mi defensa.

- ¿Qué es lo que no estaba mal? – le preguntó mi abuelo.

- Romper la Pepa. No servía.

Yo lo veía cada vez más claro y sabía que mi abuelo insistiría hasta que extrajésemos la lección correspondiente, así que dije, quitándome un enorme peso de encima:

- Seguramente yo no debía estropear la Pepa.

-¿Dónde está, pues, la diferencia?

Mi hermana y yo nos miramos. Nuestras mentes empezaron a sacar conclusiones, a resumir, a reducirlo todo a su mínima expresión para extraer lo verdaderamente importante, como nos había enseñado mi abuelo. Y, al fin, como por arte de magia, los dos exclamamos casi a la vez:

- En mi intención.

- En que mintió. Y Vicentín, no.

- Mi abuelo sonrió satisfecho:

- Los dos tenéis razón. Lo importante es la intención. Siempre la intención. Tú – me dijo – lo has resumido así. Y tú – le dijo a mi hermana – has dicho lo mismo, pero de otro modo. Voy a poner un ejemplo más claro para que lo comprendáis y lo recordéis:

Mi hermana y yo aguzamos los oídos y la mente. Mi abuelo continuó:

- Imagina, - me dijo – que un amigo tuyo y tú veis un gato acostado en el suelo del jardín. Los dos lleváis en la mano esos arcos y flechas que os habéis hecho con las varillas de un paraguas. Bien. Imagina que tú lo ves y piensas en matarlo y le disparas para matarlo. E imagina que, al mismo tiempo, tu amigo, que sabe que ese gato está muerto, le dispara sólo por probar su puntería. ¿Cuál de los dos habrá obrado bien y cuál habrá obrado mal?

El asunto era fácil, así que, como siempre, mi hermana se adelantó:

- Su amigo habría obrado bien, porque no habría hecho ningún daño ni habría querido hacerlo, ya que sabía que el gato estaba muerto.

- ¿Y tú? – me preguntó directamente mi abuelo. Yo no tuve más remedio que responder:

- Yo habría obrado mal, porque quise matar al gato y le disparé para matarlo.

- ¿Veis la diferencia?

- Sí – dijimos los dos. Mi abuelo, sin embargo, remachó las cosas para dejarlas bien claras:

- Los dos disparasteis. El hecho fue el mismo. Pero cambia la intención de cada uno. Y el que obró mal fuiste tú, que quisiste matar al gato. Y el que el gato estuviese muerto no cambia las cosas, porque tú intención era mala y la de tu amigo, no. ¿Está claro?

Aquella vez coincidimos completamente:

- Sí.

- Lo importante, pues, en todo acto, en toda palabra, en todo pensamiento, ¿qué es? – preguntó mi abuelo, rematando el tema.

Ya lo teníamos claro, así que los dos volvimos a coincidir:

- La intención.

- Exactamente. La intención es lo que hace que nuestros actos sean buenos o malos. Y no los resultados. Tenedlo siempre presente.

Tras un momento de rumia, mi hermana surgió con un matiz:

- Abuelito, y si el gato hubiera estado vivo pero el amigo hubiera creído que estaba muerto y le hubiera disparado y lo hubiera matado, ¿qué?

Mi abuelo sonrió con satisfacción. Y, aprovechando la ocasión, nos repreguntó:

-¿A vosotros qué os parece?

El asunto era interesante, así que me puse a reflexionar. Y pronto vi que, si hacía caso a mi abuelo, como mi amigo creía que el gato estaba muerto y no había tenido intención de hacerle daño, no había hecho nada malo. Así que dije:

- Que mi amigo no habría hecho nada malo.

- Mi hermana saltó, indignada, diciendo:

- Pero mató al gato. ¿Eso es bueno?

- Es que – dije yo ya con menos seguridad – él creía que estaba muerto. Y, si hay que mirar la intención...- dije mirando a mi abuelo.

Éste, cada vez más satisfecho de sus nietos, dejó pasar un instante y aclaró:

- Este caso, ya que vuestro amigo creía que el gato estaba muerto, sería una desgracia, un caso fortuito, porque, aunque se quiera, no se puede matar a un gato muerto. Es lo que los abogados llaman el “delito imposible.”

- Pero – protestó mi hermana – y el pobre gato, ¿qué?

- El pobre gato habría muerto y vuestro amigo tendría que indemnizar al dueño. Pero no podría ser castigado por su mala intención, que no la tuvo, sino sólo por su imprudencia.

- Pues no me parece justo – insistió mi hermana, que sabía defender siempre sus ideas – porque el pobre gato tuvo que morir y...

Mi abuelo vio que le asunto aún no estaba claro del todo y, tratando de concluir el tema, resumió los datos:

- Vamos a ver: hemos de distinguir dos cosas importantes: la intención y los resultados. La intención afecta sólo al autor, ¿no?

- Sí – respondimos los dos.

- Pero los resultados – siguió mi abuelo – afectan al dueño de las cosas o los animales perjudicados y a éstos, ¿no?

- Sí – respondimos a coro. Aquello iba aclarándose.

- En el caso de la Pepa no hemos hablado de los daños porque la Pepa ya no servía y no tenía ningún valor. Pero si hubiera estado útil, como le ocurría al gato vivo, habría que pagar los gastos del daño producido. Lo veréis más claro si comparamos estas dos conductas: Tú – me dijo – sabes que está vivo y lo matas. Tu amigo cree que está muerto y, sin querer matarlo, lo mata. ¿Es lo mismo?

- No. – me apresuré a decir yo.



- Para ti, no – se apresuró a responde mi hermana – pero para el gato es lo mismo: que él se tiene que morir de todas maneras.

Mi abuelo rió de buena gana. Por fin, terminó el asunto diciendo:

- Muy bien. Por eso a ti, por tu mala intención, se te debería castigar y, además, deberías pagar al dueño del gato su valor. Y tu amigo tendría sólo que pagar el valor del gato. Porque poner a los dos la misma pena sería tan injusto como matar al gato y no tener que sufrir nada por ello.

Y, quedándose pensativo un momento, insistió:

- Aún os voy a poner un ejemplo más claro: Imagina – le dijo a mi hermana – que una persona, por la calle, te pisa sin querer. ¿Tú te enfadarás con ella?

- No,- respondió mi hermana – Si ha sido sin querer...

- Y si lo hace queriendo, para hacerte daño, ¿te enfadarás?

- ¡Claro!

-¿Lo ves? - dijo mi abuelo- El resultado es el mismo: que te duele el pie. Pero la intención, no. Por eso en el primer caso no te enfadarás y en el segundo, sí.

Mi hermana se quedó pensativa y, al fin, dijo muy seria.

- Sí, lo comprendo.

Bien – dijo mi abuelo satisfecho. Pero – continuó – quisiera que hablásemos también de otra cosa.

- ¿De qué cosa? – preguntamos ilusionados con una nueva aventura mental.

- Del imán. Porque también entre los hombres hay imanes.

- ¿Hay hombres imanes? – preguntó mi hermana , incrédula.

- Sí.

- ¿Y cómo son? ¿tienen forma de herradura?

Mi abuelo se echó a reír y dijo:

- No. No tienen forma de herradura, pero atraen a otros hombres.

Yo me quedé en silencio preguntándome cómo podría ser aquello. No podía imaginar a los hombre arracimados sobre otro como las limaduras de hierro sobre mi imán. Mi abuelo continuó:

- ¿No ocurre entre vosotros y vuestros primos y amigos, que siempre hay alguno que dice lo que ha de hacer el grupo o que decide en caso de duda o cuyas opiniones son aceptadas por los demás?

Yo pensé en mi primo Vicentín, tres años mayor que yo y cuyas opiniones seguíamos todos ordinariamente. Pero yo estaba convencido de que lo hacía porque era mayor que yo. Así que dije:

- Pero, abuelito, es que si son mayores...

- Bien – dijo mi abuelo – en vuestro caso es casi lógico porque aún sois niños y, a vuestra edad, unos años de diferencia son definitivos. Pero entre los adultos hay siempre quienes, de un modo natural y hasta sin pretenderlo a veces, acaban convirtiéndose en una especie de imanes.

- ¿Y qué pasa con ellos? – preguntó mi hermana con cara de extrañeza.

- Pues pasa que acaban decidiendo lo que los demás han de pensar y han de hacer.

- ¿Y eso es malo?- quise saber.

- Ahí está el problema.

- ¿Dónde? – preguntamos al unísono mi hermana y yo, verdaderamente intrigados.

- En que el que se convierte en imán y atrae a los demás puede ser una buena persona o puede no serlo. Y puede estar en lo cierto o puede equivocarse.

- ¿Y cómo se sabe si alguien es una buena persona o si está equivocado? – pregunté verdaderamente interesado en el tema.

- Aquí viene el segundo problema. – dijo mi abuelo. - Lo ideal sería poder saber si una persona es buena o no y si se equivoca o no. Pero eso sólo lo podemos saber mediante nuestro propio razonamiento y nuestra propia observación. Por lo tanto, si no desarrollamos nuestra mente, si no tenemos ideas propias, si no llegamos a nuestras propias conclusiones y a nuestra propias decisiones, estaremos siempre a merced de los hombres imán. Y entonces, haremos lo que ellos han decidido y pensaremos lo que ellos quieren que pensemos. Y eso no es bueno.

Vi pronto que tenía razón. Porque cada uno somos distintos y no es posible que hagamos lo que otro nos dice sin pensarlo antes y sólo porque nos lo dice; porque su manera de ver las cosas y su experiencia y su modo de razonar son distintos de los nuestros, así que exclamé:

- Tienes razón. Porque si hacemos lo que nos digan los otros no pensamos y si no pensamos es como si no tuviéramos cabeza, ¿no?

- ¡Exacto! – respondió mi abuelo. – ¿Os imagináis viviendo sin cabeza?

Los dos nos reímos de buena gana. Yo trataba de imaginarme a todos mis primos y amigos jugando en el jardín sin cabeza. Mi abuelo nos dejó pensar un poco. Luego dijo:

- ¿Os dais cuenta?

- Sí – dijimos.

- Pues vamos a recapitular esto, respondió mirándonos a los dos. Y se quedó esperando nuestro resumen.

- Que hay hombres que atraen a los demás.- dijo mi hermana.

- Y que, como ellos piensan, los demás no piensan y entonces los demás hacen lo que ellos dicen.- añadí yo, ya con confianza.

- Y que si hacemos lo que otros dicen sin pensar nosotros, entonces...- añadió mi hermana. Y ahí se quedó sin encontrar la frase apropiada. Yo me apresuré a exponerla:

- Sería como no vivir nuestra vida, sino la de los otros.

- ¡Exacto! – exclamó mi abuelo con alegría. – No dejéis nunca que nadie opine por vosotros. Nunca. Tened siempre vuestras propias ideas bien claras y defendedlas hasta que os convenzan de que estabais equivocados.

- ¿Y si nos convencen? – quiso saber mi hermana.

- Si os convencen aceptad la nueva idea y agradeced la ayuda. Pero sólo si os convencen. Y no os dejéis influenciar nunca por la edad, la autoridad o las conveniencias. Porque es mil veces mejor tener una opinión propia, aunque sea equivocada, que adoptar la ajena sin reflexionarla antes. Si seguís vuestras propias ideas y os equivocáis, os recuperaréis rápidamente rectificando. Pero si os equivocáis por seguir a otros, ¿qué tendréis que hacer?

- Arrepentirnos. – dijo mi hermana.

- Pensar nosotros – dije yo.

- Entonces – concluyó mi abuelo – si habéis de arrepentiros y de pensar lo que no pensasteis en su momento, ¿no será mejor pensar antes de equivocaros por culpa de otro?

- ¿Y si resulta que nosotros somos personas-ímanes? – preguntó mi hermana con una pícaro sonrisa.

- ¿Qué pasará? – repreguntó mi abuelo.

Los dos nos pusimos a pensar. A poco, respondí:

- Que los demás harán lo que nosotros digamos.

- ¿Y eso es bueno? – quiso saber mi abuelo.

- Es mejor pensar que no pensar, ¿no? – respondió mi hermana -  
Pues entonces, si pensamos y los demás hacen lo que digamos...

- Allá ellos – concluí yo.

Mi abuelo sonrió. Luego añadió con cierta seriedad:

- Me temo que vais a ser los dos personas imanes, porque los dos sabéis pensar y, además, os gusta hacerlo. Pero hay un peligro.

- ¿Cuál? .inquirimos los dos a coro.

- Que os equivoquéis y hagáis equivocarse a los que os sigan o imiten. No intentéis nunca atraer gente a vuestras opiniones, pero no renunciéis nunca a ellas por miedo a equivocaros. Todos somos humanos y todos nos equivocamos. Y ésa es la única manera de aprender. Porque, ordinariamente, aprendemos de nuestros errores.

¡Cuánta sabiduría había en mi abuelo! ¡Y con qué cuidado se preocupaba de ir modelando las mentes de sus nietos! Nunca se lo agradeceremos bastante.

\* \* \*

## **SUSTOS, ACCIDENTES Y ANÉCDOTAS**

### **3.**

Valdría la pena recordar algunos sustos debidos a travesuras e imprudencias de nuestra niñez, así como algunos accidentes y hasta alguna historia interesante. Constituyen un ramillete digno de conocerse y son éstos:

1.- Yo había encontrado una caña que me había gustado de modo especial para hacer con ella no sé qué cosa que ya no recuerdo. Pero, para acondicionarla, era preciso alisarla, quitándole los nudos. Así que, como en el almacén de la Granja teníamos a nuestra disposición todas las herramientas y aperos posibles, tomé una hoz y me puse al trabajo, sujetando la caña con la mano izquierda. Pero cometí la torpeza de poner mi dedo índice en el recorrido de la hoz, de modo que ésta, cuando llegó al nudo, lo cortó, al mismo tiempo que me arrancaba de cuajo toda la carne de la primera falange de mi dedo índice, que quedó colgando de un poco de piel. Ni que decir tiene que me asusté. Era la primera herida seria que me hacía en mi vida y me asusté. Pero tuve la suficiente presencia de ánimo para impedir que el colgajo cayese a tierra y, sujetándolo contra la herida, correr a casa, desde donde me llevaron al médico. Éste me desinfectó la herida con alcohol - entonces no existían los antibióticos y no había más que alcohol y yodo, los mayores enemigos de los niños, siempre llenos de mataduras y costras en las rodillas, porque escocían terriblemente (hasta el punto de que muchos años después, aún pensaba que ambos productos mataban los microbios porque éstos no podían resistir el escozor que producían) - y me vendó el dedo. No se infectó la herida, que era entonces el gran riesgo y, al mes, tenía una hermosa cicatriz sobre la primera falange del dedo índice de mi mano izquierda, de la que hasta presumía un poco.

Ni que decir tiene que, tanto mis padres como mis abuelos me hicieron mil recomendaciones para que no tomase en mis manos jamás una hoz, cosa que yo prometí solemnemente, convencido de que no lo volvería a hacer.

Sin embargo, apenas la herida cicatrizó, recordé aquella caña tan hermosa y me entraron ganas de terminar de acondicionarla para lo que tenía in mente. Así que, ni corto ni perezoso, me fui al almacén con la caña - que había guardado, ya que para mí era valiosa - en la mano izquierda, tomé la misma hoz y repetí exactamente la misma operación. Tan exactamente que me volví a arrancar la misma porción de carne del mismo dedo. Así que volví otra vez corriendo a casa, sujetando aquel colgajo rebelde, y volvieron a desinfectarme y a vendarme y, esta vez, a reñirme seriamente. Afortunadamente, tampoco esa herida se infectó así que, un mes después, estaba otra vez el dedo normal.

Pero mi abuelo no quiso dejar pasar aquella ocasión para enseñarme una de sus lecciones. Así que, cuando regresé a casa tras haber sido curada la segunda herida por el médico de la Casa de Socorro, me preguntó si me dolía. Yo le dije que no. Y él me dijo muy serio:

- ¿Y qué sientes ahora?

Yo me quedé mirándolo sin comprender la pregunta. Por fin, le dije:

- ¿Qué siento de qué?

- Bueno – dijo – si te sientes muy satisfecho.

Comprendí enseguida por dónde iba a discurrir la conversación, así que me preparé.

- No. Dije muy serio.

- ¿Crees que te bastará con dos veces o tienes pensado intentarlo una tercera? Claro que – dijo con sorna – contando con que tienes diez dedos, aún podrías hacerlo muchas veces más.

Aquello me dolió. Porque a decir verdad, yo estaba un poco avergonzado por haber hecho dos veces la misma tontería de cortarme el dedo, por el mismo sitio, con la misma hoz, con la misma caña y pretendiendo lo mismo.

- No, – dije – ten por seguro que no volveré a coger una hoz en la vida.

- De todas maneras, ya has hecho bueno el refrán

- ¿Qué refrán? – pregunté intrigado.

- Uno que dice que *“el hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra”*.

- ¿Es que los animales no tropiezan dos veces con la misma piedra?  
– pregunté intrigado.

- No – respondió – los animales, cuando tropiezan una vez aprenden la lección, la memorizan y ya no vuelven a tropezar allí. En ese sentido son superiores a nosotros, como has podido comprobar. ¿Tú has visto – continuó – tropezar a las mulas dos veces en el mismo sitio?

Realmente, yo había visto tropezar a las mulas, era cierto, pero no me había fijado si había sido en el mismo sitio que otra vez anterior, así que respondí:

- No. Pero, a lo mejor es porque no me he fijado y sí que han tropezado dos veces.

- Pero tú sí que lo has hecho. Eso es indiscutible. Claro que, hay una diferencia – añadió sonriendo.

- ¿Qué diferencia? – inquirí intrigado.

- Que la mula no hubiera podido cortarse un dedo.

Y los dos nos echamos a reír. A continuación, mi abuelo, pasando su brazo sobre mis hombros, añadió:

- La vida está llena de lecciones. Cada cosa que nos sucede es una lección que debemos aprender. Y ésta ha sido una lección de lecciones. Fallaste la primera vez, no la aprendiste, y se te ha repetido para que te dieras cuenta. Mi abuelo continuó:

- Acostúmbrate a descubrir el por qué de las cosas. Si, tras el primer accidente, hubieras reflexionado sobre por qué sucedió, no te hubiera vuelto a ocurrir lo mismo. Las cosas, todas, tienen una causa. Y si pones siempre la misma causa, se producirá siempre el mismo efecto.

Yo me di cuenta de la verdad de lo que me decía: si la primera vez hubiera reflexionado sobre cómo había ocurrido todo, a lo mejor no lo hubiera intentado de nuevo pero, en el caso de hacerlo, esa segunda vez no hubiera puesto el mismo dedo en el mismo sitio porque hubiera sabido que la consecuencia iba a ser la misma que la primera vez.

- Después de todo – siguió mi abuelo – has tenido suerte.

- ¿Suerte? – dije yo levantando mi dedo y mostrando el vendaje.

- Sí. Porque pudo sucederte con algo más grave. La lección, en realidad, sólo te ha costado dos sustos menores y, si aprendes la lección, te evitará en la vida disgustos mucho mayores.

Luego, como siempre, intentó que recopilase y grabase la lección en mi mente y me dijo:

- Bien, ¿qué lección has sacado de todo esto?

Lógicamente, no tuve dificultad en responder:

- Que, cuando me pase algo desagradable, debo reflexionar y descubrir las causas y evitarlas en el futuro.

- ¿Y qué más?

Me detuve un momento a pensar y pronto estuve en condiciones de responder:

- Que las mismas causas producen siempre los mismos efectos.

Mi abuelo se quedó un instante callado. A poco, continuó:

¿Crees que podrías extraer otra lección, mucho más importante, de lo que te ha pasado?

Aquello no me lo esperaba. Pero estaba acostumbrado a sus desafíos, así que agucé el ingenio. Repetí mentalmente todo lo sucedido, desde la primera idea que tuve de hacer algo con la maldita caña hasta la segunda cura en la casa de Socorro. Y me quedé unos segundos en suspenso, mientras mi abuelo me miraba con satisfacción. Al fin me atreví y, aún con cierta inseguridad, pregunté:

- ¿Qué, si hubiera pensado, la primera vez, en las posibles consecuencias de lo que iba a hacer no lo hubiera hecho?

- ¡Exacto! – exclamó mi abuelo con satisfacción. Y añadió:

- Antes de actuar, hay que meditar sobre las consecuencias. Siempre. Porque actuamos para producir consecuencias y lo lógico es que estemos seguros de que vamos a obtener las que queremos y no otras. Y eso depende siempre de las causas que pongamos en movimiento. ¿Entendido?

- Sí, – dije convencido y levantando mi dedo vendado - me acordaré siempre, abuelito.

Lógicamente, aún conservo la cicatriz - las dos cicatrices superpuestas - y, cada vez que oigo eso de que *“el hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra”*, me las miro y sonrío, recordando aquella conversación tan instructiva. Y más de una vez, a lo largo de mi vida, las he mirado antes de actuar. Y me ha ido muy bien. Lo que no he vuelto a hacer nunca ha sido acercarme siquiera a una hoz.



2.- Poco después de mi segundo accidente digital, sin embargo, tuvo lugar otro que, aunque no me afectó directamente, si lo hizo psicológicamente, y que demuestra los peligros a que permanentemente estábamos abocados en aquella Granja franqueada por altas tapias protectoras que tanto tranquilizaban a nuestros padres. Y fue el siguiente:

Había allí una máquina para trocear los haces de paja y para cortar zanahorias en rodajas para las mulas. Eran éstas unas zanahorias forrajeras, enormes, que no he vuelto a ver nunca más, con estrías exteriores azules y blancas y, por dentro, completamente moradas y muy jugosas. La máquina para cortarlas consistía en un canal horizontal, de madera, por donde resbalaban la paja o la zanahoria, empujadas por alguien, hasta llegar al final donde, al asomar una parte de ellas, era rebanada por una gran hoja muy afilada, que rodaba unida a una rueda, perpendicular al canal, accionada a mano, y que pasaba rozando a cada vuelta el extremo del canal. Una verdadera guillotina, pues, para todo lo que asomase más allá del límite.

Pues bien, como decía, poco después de mi segundo accidente, del que, por cierto se rieron todo lo que quisieron mis primos y Pepe, el hijo de los porteros, estando un día éste y mi primo Vicentín jugando a cortar zanahorias, se puso el primero a darle vueltas a la rueda y Pepe tomó una enorme y la empujó por el canal. Pero, por lo visto, calculó mal y la máquina segó la zanahoria junto con su dedo índice de la mano derecha completo. El momento fue inolvidable. Aún veo a Pepe mirando su mano sin dedo y chorreando sangre, a mi primo buscándolo entre la paja, y a mí sin saber qué hacer. Aquello, pues, resultó ser más grave que lo mío, ya que el dedo - que se quedó allí, pues no sabíamos qué hacer con él - a nadie se le ocurrió volverlo a unir a la mano, cosa que ahora resultaría factible y hasta fácil, pero entonces era impensable.

Pero mi abuelo, como siempre, aprovechó aquella ocasión para adoctrinarme. Y me dijo:

- Después de la lección que extrajiste de tus dos accidentes, has visto en la práctica la necesidad de aplicarla?

Yo recordé aquello de “pensar si las causas que ponemos en funcionamiento son las apropiadas para que produzcan las

consecuencias que pretendemos u otras no deseadas”, y respondí rápidamente:

- Sí. Porque, si Pepe hubiera pensado, antes de actuar como lo hizo, ahora tendría el dedo en su sitio.

Visto lo que le pasó a Pepe, mi abuelo había tenido razón, una vez más, al decir que lo mío había sido leve.

Vi a Pepe unos cuarenta años después, en Jávea, donde vivía, y lo primero que le miré fue el muñón. Se echó a reír y me dijo que la pérdida de aquel dedo no había supuesto para él ningún gran contratiempo y que también él había aprendido la lección. Y, recordando juntos aquel incidente de nuestra infancia, reímos los dos de buena gana.

Si bien se mira, fue muy poco lo que nos pasó, teniendo en cuenta todos los peligros a los que cada día nos estuvimos exponiendo de la manera más irresponsable.

No hay más que recordar aquellos meses de después de guerra, en que manejábamos diariamente pistolas con su munición, balas de fusil y bombas de mano, como ya he relatado en el primer tomo de estas memorias.

Y, cuando lo pienso, llego a la conclusión de que todos los razonamientos de mi abuelo, todos sus consejos, cuando de veras me han servido, cuando los he valorado debidamente, ha sido de adulto, al enfrentarme a la vida. Mas no entonces, en que eran, a lo más, juegos de rapidez y listeza y agilidad mental. Pero también pienso que mi abuelo lo sabía y nos los inculcaba o, mejor, nos los hacía descubrir, para cuando fuéramos mayores, esa edad tan lejana cuando eres niño y que tan pronto nos llega a todos.

**3.-** Nos contaba mi abuelo que su hermano Salvador, el mayor, el marido de la tía Trinidad, la que nos recogió en el Molino tras la guerra, se había quedado sordo de tanto beber, cuando niño, directamente de los sifones. Al parecer, le encantaban y, sin la vigilancia de una madre y de un padre, que habían perdido, y rodeado de hermanos pequeños que, queriéndolo imitar, le disputaban la botella, se pasaba el día con el sifón en la boca. Según les dijo el médico, ese gas de las bolitas le había afectado negativamente los oídos. Lo cierto es que yo ya lo conocí sordo como una tapia, al pobre.

Mi abuelo añadía que él, y sus otros hermanos, habían aprendido la lección y, si bien era algo muy corriente, en aquella época, el tener en casa un sifón (una botella de cristal de un litro de agua, con gas carbónico, con una palanca que la hacía salir a presión), en nuestra casa jamás tuvimos ninguno.

4.- También recuerdo otra anécdota curiosa: estábamos merendando en la calle 122 del Plano y mi abuelo, de repente, masticó algo duro que resultó ser un trozo de muela. Yo me quedé asombrado, pues sabía que las muelas solían doler. Así que le dije:

- Abuelito, ¿y a ti no te duelen las muelas?

- No - me dijo sonriendo - no me han dolido nunca. Bueno - corrigió - sólo una vez, cuando yo tenía unos diez años.

- Pues hay gente que tiene grandes dolores - respondí.

- Ya lo sé - añadió - porque todo empezó ese día en que a mí me dolían mucho.

Mi hermana y yo nos preparamos para una de sus historias y nos quedamos mirándolo. Yo empecé:

- ¿Y qué pasó?

- Pues pasó - dijo - que vino al molino un carro de no sé dónde, de muy lejos, creo que de Extremadura, a cargar arroz y el carretero, al verme con la cara hinchada, me dijo:

- ¿Tú quieres que te quite ese dolor para siempre?

- Y yo - siguió mi abuelo - que estaba pasándolo muy mal con aquella muela, le respondí enseguida:

- Sí. ¿Puede usted hacerlo?

- Claro - dijo. Y, acto seguido, sacó la piedra de pedernal que utilizaba para prender la mecha del encendedor - haciendo chocar contra ella un hierro con estrías - hizo, con unos palitos de las proximidades - eso ocurría a la puerta del molino - una pequeña hoguera, puso la piedra en medio del fuego y, cuando estuvo bien caliente, sacó un vaso de su faltriquera, lo llenó hasta la mitad con el vino de su bota, introdujo en el vino el pedernal caliente y esperó a que se enfriara. Luego, ofreciéndome el vaso con el vino, me dijo:

- Ahora bébete esto y yo y te aseguro que, antes te caerán las muelas a trozos, que te volverán a doler. Y así ha sido - concluyó mi abuelo con una sonrisa de oreja a oreja. - Ya lo acabáis de ver.

Nunca supimos si ello se debió a la influencia del vino con pedernal caliente. Seguramente aquel pedernal actuó como lo que hoy llamamos un placebo, pero lo cierto es que a mi abuelo jamás le dolieron las muelas y, sin embargo, le fueron cayendo a trozos.

5.- Hubo otro momento de tensión en nuestra infancia. Ocurrió un domingo. Como ya he dicho en otro capítulo, mi tía Delfina venía con mis primas Elisín y Conchín, a ver al tío Indalecio que, durante la guerra estuvo escondido en casa. También solían venir los tíos Amparo y Luis - el menor de los hermanos de mi padre - con sus tres hijos, que vivían en Godella, el pueblo próximo por el oeste. Si a ellos añadimos a mis tres primas de Madrid, mis tres primos, hijos del tío Vicente, que vivían también en la Granja, Pepe, el hijo de los porteros y los de algún ingeniero, éramos una buena pandilla, todos entre los cinco y los diez años. En cuanto a los mayores, también les eran agradables aquellos domingos, ya que se reunían cinco de los seis hermanos de mi padre.

Y ocurrió que nos pasamos la tarde jugando hasta que oscureció y nos llamaron para regresar a su casa los que no lo estaban. Acudimos todos. Menos dos. Faltaban mi primo José, el mayor del tío Luis, y Mary Paca, una de las mellizas de la tía Paca.

Al principio, todos pensamos que se habrían alejado más que los otros - la Granja llegaba hasta Benimamet, el próximo pueblo por el lado sur - y no habían oído las llamadas. Y nos dedicamos a llamarlos. Pero sin resultado alguno. Los padres empezaron a ponerse nerviosos y a preguntarnos cuándo los habíamos visto por última vez. Y resultó que hacía mucho, desde hacía lo menos dos o tres horas, nadie los había visto. Inmediatamente, pues, se organizó la búsqueda: nos dividimos en grupos, se nos asignaron sectores y edificios y todos comenzamos una batida sistemática que, tras media hora, resultó infructuosa. Los padres de los dos ausentes estaban verdaderamente preocupados. Todos habíamos pensado en la acequia, que atravesaba el jardín por la mitad, paralela a la fachada y a la que todos, por turno, fuimos cayendo, por lo menos una vez, en nuestra infancia. Pero nadie se había atrevido a mencionarla. Llegado, sin embargo, ese momento en que, registrado todo, no habían aparecido, todos los pensamientos se centraron en ella. Así que nos pertrechamos de cañas y la registramos en todo su recorrido a lo largo del jardín, sin resultado alguno. Yo recuerdo que me

imaginaba a mis primos ahogados, los dos abrazados, pero muertos. Y hurgaba en el fondo de la acequia con miedo de tropezar con sus cuerpos. Así estuvimos casi una hora, sin saber qué más hacer. Tenían que estar en el recinto de la Granja, pues por la puerta no habían salido, según aseguraba el portero que había estado toda la tarde, precisamente, sentado allí, como era su obligación. Y no había otra salida. La búsqueda, más tensa cada minuto que pasaba, duró aún bastante... hasta que oímos gritos que nos llamaban. Mi abuelo los había encontrado. Y los había encontrado, los dos abrazados, dormidos plácidamente, pero metidos en la cabina de la furgoneta de la Granja, a la que llamábamos “la Pepa”, y que estaba encerrada en un garaje que no se usaba, escondida para evitar que fuera requisada, como lo habían sido todos los vehículos, a causa de la guerra. Según ellos contaron, cuando, al principio de la tarde, jugamos al escondite, ellos se escondieron allí y, como estaban calentitos, se habían dormido. Jose tendría entonces unos siete años. Y Mary Paca, cinco.

A mí no me resultó sorprendente que fuera mi abuelo quien encontró a la pareja de “bellos durmientes”. Lo conocía y sabía que, si alguien los encontraba, sería él. Y, al día siguiente, le pregunté:

- Abuelito, ¿cómo supiste que estaban en la Pepa?

Y él, mirándome a los ojos, me dijo.

- Bueno, sabiendo que no habían salido de la Granja, cuando no se les encontró en ningún sitio lógico, estaba claro que deberían estar en alguno ilógico. Y la Pepa era el mejor candidato, porque estaba en su garaje, pero la puerta no estaba cerrada con llave.

Así era mi abuelo.

En cuanto a la “Pepa”, una furgoneta preciosa y nueva, de color rojo, que servía para transportar los aperos y aparatos de la lucha contra las plagas - especialmente fumigaciones con ácido cianhídrico - cuando se hacía algún cursillo en los pueblos, no fue por fin requisada. Le ocurrió algo menos glorioso que morir luchando en el frente: cayó – como relato en otro capítulo - en nuestras manos. Y nosotros nos dedicamos, poco a poco, a investigar en ella y a extraerle piezas de modo que, cuando acabó la guerra, el chasis y la carrocería estaban intactos, pero dentro no quedaba nada. En estos momentos aún tengo, pegado al vástago metálico que sostiene la librería de mi despacho, un hierro enorme y magnetizado, en forma de herradura, que extraje de aquel

motor, que me ha acompañado toda la vida y me ha permitido experimentar miles de veces todas las cosas que se pueden hacer con un imán grande y clavos y limaduras de hierro y tantísimas cosas más. Le tengo gran cariño y pienso que, al fin y al cabo, si hubieran requisado la Pepa, hubiera acabado destrozada por las bombas y abandonada en el campo. Y, si no, hubiera muerto en un desguace y no quedaría nada de ella. Así que, en el fondo, si bien reconozco que no hice bien extrayendo esa pieza, por otra parte, siento que hice a la “Pepa” poco menos que inmortal. Por lo menos, a una parte de ella.

5.- Aún recuerdo otro pequeño accidente que me sucedió en la Granja: en medio del pinar, de pinos piñoneros altísimos, y desentonando con todo el entorno, crecía una palmera que siempre me intrigó, ¿qué hacía allí? Esa extemporaneidad, ese estar fuera de su sitio, la hacía desagradable. Además, no daba dátiles que, a nuestros ojos, era lo único que hubiera podido compensar aquel error de ubicación. Era de tronco grueso, de unos seis u ocho metros de altura y, en sus palmas, tenía unas espinas gruesas, fuertes y afiladas como puñales, de color butano (color, por cierto, desconocido entonces, como el gas, aún no industrializado). Y ocurrió que, estando yo jugando con una pelota, fue ésta a parar a lo alto de la palmera, planteándome el dilema de quedarme sin ella o de trepar hasta arriba. Lógicamente, decidí lo último y, con gran esfuerzo - aún hoy no comprendo cómo pude hacerlo - recordando el sistema empleado por unos indígenas de no sé qué isla que había visto en el cine, me descalcé y, apoyándome en los muñones de las ramas cortadas los años anteriores, llegué a lo alto y pude rescatar mi pelota. Lo que no pude evitar, sin embargo, al iniciar el descenso, fue que una de aquellas espinas enormes, agudas y durísimas se me clavase en el muslo derecho y se rompiese, quedándose como un centímetro de ella incrustado en mi carne. Bajé y traté, oprimiendo la herida con mis dedos, de expulsarla. Pero ella, cada vez se metía más adentro. Hasta que dejé de verla.

Aquella espina no se pudo extraer por el médico, que opinó que saldría, expulsada por mi propio organismo. Claro que eso, por lo visto, mi organismo no lo sabía. Así que la herida se infectó y yo estuve muchos meses teniendo que soportar que dos veces por día, se me descubriese la herida, se lavase, se oprimiese para que saliera el pus que

la llenaba y se me cubriese de nuevo con “Ungüento Cañizares”, que era lo más efectivo que entonces existía: una crema marrón, de olor agradable, que me recordaba la que usábamos para limpiar los zapatos.

La dichosa espina estuvo alojada en mi cuerpo casi un año. Hasta que, estando en Les, en el Valle de Arán, como he referido en otro capítulo, y en pleno trabajo de limpieza de la herida, al apretar mi madre para que saliera el pus, inesperada y gloriosamente, la espina dio un salto y salió al exterior como disparada. Aún recuerdo nítidamente su recorrido elíptico - que nos dejó atónitos a los dos - desde mi muslo hasta el escalón de madera de la escalera en que estábamos sentados, pues yo tenía que jugar y sólo accedí a que mi madre me hiciese la cura diaria en la escalera, y no tener que perder tiempo entrando en casa.

Cuando le escribí, desde Les, a mi abuelo, que la espina había saltado de mi pierna como una flecha, me respondió que “seguramente se había ido a buscar la pierna de alguien más tranquilo que yo.”

\* \* \*

## EL JUEGO

### 4.

Estaba lloviendo, de modo que no podíamos salir al jardín de la Granja, a jugar como de costumbre. En Valencia la lluvia era - y es - algo poco frecuente, por lo que, cuando se da, paraliza toda actividad. Incluso existe un refrán valenciano, que usan mucho los pequeños comerciantes y que dice “*Carrer banyat, calaix eixut*” que equivale a decir en castellano: “*calle mojada, caja seca*”, es decir, sin ventas, sin ingresos.

Los días de lluvia, pues, eran los más tristes, porque empezábamos la jornada - aquellos tiempos de la guerra en que no había colegio - sin saber qué hacer, acostumbrados como estábamos a pasar todo el día al aire libre, corriendo y jugando o haciendo alguna que otra travesura. Y siempre ocurría lo mismo: caras de aburrimiento, sugerencias no aceptadas y, al final, la inevitable partida al “*despullat*”.

El “*despullat*”, término valenciano que, literalmente, significa “desnudo” o, mejor, “desnudado,” hace referencia precisamente al resultado del juego para el o los que pierden. Si expongo en qué consiste, se comprenderá mejor la denominación: se juega con dos o más barajas de cartas españolas, dependiendo del número de jugadores. Se mezclan en un solo mazo y se reparten entre todos. Cada jugador debe conservar su mazo de cartas boca abajo, sin verlas en ningún momento, e ir sacándolas, de una en una, cada vez que le toque el turno, y siempre la de arriba. Empieza el de la derecha del que repartió, echando la carta, descubierta, en el centro de la mesa. El jugador de su derecha, hace lo propio. Y así hasta que todos han echado la carta superior de sus respectivos mazos y quedan todas a la vista. Entonces, el que jugó la carta de mayor valor numérico, se lleva todas las que se han jugado, que junta y coloca, sin más, debajo de su mazo, formando ya parte del



mismo. Y él es el que continúa el juego, echando la carta superior de ese mazo, volviendo todos, por turno, a hacer lo propio. Y se vuelve a llevar todas las cartas jugadas el que echó la más alta. Cuando son dos o más los jugadores que han echado las cartas más altas pero de igual número, desempatan entre ellos echando cada uno la superior de su mazo y llevándose todas las cartas a la vista el que jugó la carta mayor. Y así continúa el juego. Cuando un jugador se queda sin cartas, está eliminado y debe conformarse con ver cómo siguen jugando los demás. Se ha quedado “desnudo”. De ahí el nombre del juego. Y éste termina cuando todas las cartas quedan en manos de un solo jugador.

A primera vista, parece un juego de naipes más. Pero, cuando se juega, pronto se convence uno de que es especialmente apropiado para los días de lluvia en los que no hay nada que hacer. Porque una partida puede durar cuatro o cinco o más horas. Téngase en cuenta que, como no interviene ninguna memoria ni ninguna estrategia, sino sólo el puro azar, es imposible prever nada. Y puede ocurrir que uno tenga un verdadero montón de cartas y otro sólo una y, a partir de ahí, empiece el segundo a ganar y se inviertan los términos. Las partidas, pues, son eternas. Y es un juego muy apto para niños de casi todas las edades, pues lo pueden practicar con sólo distinguir los números.

De modo que aquel día en que éramos lo menos diez o doce jugadores (los tres hijos de mi tío Vicente, el hijo de los porteros, mis tres primas de Madrid, mi hermana y yo, y quizás algún otro) nos dedicamos a jugar con verdadera fruición. Hacia las dos, llevábamos ya toda la mañana jugando y sólo quedábamos con cartas en la mano mi primo Vicentín y yo. Los demás se agrupaban en torno nuestro, expectantes. Entonces nos llamaron a comer y tuvimos que dejar la partida como estaba, para continuarla por la tarde porque, eso sí, nunca abandonábamos ninguna sin terminar, ya que, después de tanto esfuerzo, había que averiguar quién era el ganador.

Durante la comida, mi abuelo nos preguntó qué habíamos hecho, pues no nos había visto ni oído.

- Hemos estado jugando al despullat en la cuadra. - respondí.

- ¿Todos? - preguntó mi abuelo.

- Sí.

- Entonces habrá durado mucho la partida, ¿no?

Mi hermana intervino aclarando las cosas:

- Es que aún no ha terminado. Aún quedan dos.

- Quedamos Vicentín y yo, - dije con satisfacción - pero esta tarde le ganaré - añadí muy seguro.

- ¿Y cómo lo sabes? - preguntó mi abuelo que conocía el juego y sabía que era puro azar.

- Porque lo sé. - respondí, mientras empezaba a preguntarme por dentro por qué estaba tan seguro.

- ¿Y para qué quieres ganar?

La pregunta me pilló desprevenido. ¿Por qué quería ganar? No me lo había planteado nunca pero estaba seguro de que quería ganar. Mi hermana vino en mi ayuda.

- Porque se juega para ganar, ¿no?

- ¿Tú crees? - replicó mi abuelo.

Mi hermana puso cara de sorpresa y se quedó pensando. Entonces fui yo el que salí en su socorro:

- Porque, ¿si no para qué se juega?

- Eso quisiera yo que me dijeseis vosotros. - fue la escueta respuesta de mi abuelo.

Comprendimos que estábamos ante uno de sus típicos y sugestivos desafíos, así que, los dos pusimos en marcha las neuronas. Yo, recuerdo que me volví a plantear la pregunta clave ¿por qué quiero ganar? Y me di cuenta de que me era muy difícil encontrar una respuesta satisfactoria. Quería ganar, sin más. Así que dije:

- Se juega para ganar.

Mi abuelo me miró, miró a mi hermana y respondió:

- ¿Para ganar todos?

Aquello era desconcertante. ¿Cómo iban a ganar todos? Sólo podía ganar uno. Los demás, perdían. Por tanto, la respuesta estaba clara:

- No. Para ganar uno. O sea, yo.

- Claro - apoyó mi hermana, sin más argumentos a mano.

- ¿Y por qué tú? - quiso saber mi abuelo.

Volvíamos al principio, ¿Por qué quería ganar? Si ganaba esa partida interrumpida, yo sabía que no ganaría nada: ninguna canica ni ningún cromó ni ningún insecto disecado ni nada que valiera la pena. Sin embargo, yo seguía queriendo ganar. Y empecé a preguntarme por qué. Mi hermana, más rápida casi siempre y más práctica en sus respuestas, exclamó:

- ¿Y por qué ha de ganar Vicentín?
- ¡Buena pregunta! - exclamó mi abuelo; y siguió:
- ¿Y por qué no?

La cosa se iba complicando. Yo no veía muy claro por qué yo quería ganar, pero sí tenía muy definido que no me gustaría que ganase mi primo. Pero, ¿por qué? Ahí estaba el quid. Y yo no daba con él. Miré a mi hermana y vi que tampoco se le ocurría nada. Así que seguí pensando: si no espero ganar nada, ¿qué es lo que busco al querer ganar? Poco a poco se me hizo la luz:

- Bueno - dije - a lo mejor es porque me gusta sentirme superior a los otros.

- ¿Y qué ganas con eso? - se apresuró mi abuelo.
- Nada. - dije pensativo.
- ¿Nada?
- No.
- ¿Y qué crees que sienten los que pierden? - avanzó mi abuelo.
- Les sabe mal.
- Ya. Pero, ¿qué sienten con relación al que les gana?
- Rabia - dijo mi hermana, rápidamente.
- ¿Y eso es bueno? - insistió mi abuelo.

La cosa se estaba poniendo interesante. Porque, pensaba yo, está claro que no es bueno que la gente te odie. Pero si tú quieres ganar y la consecuencia de que ganes es que te odien...

- ¿Y qué hay que hacer? ¿perder para que no te tengan rabia? - dije con cierta desolación.

- No sé - dijo mi abuelo evasivo - sois vosotros lo que tendréis que desenmarañar la madeja, ¿no?

Yo no daba con una respuesta satisfactoria. Si quería ganar, era lo mismo que querer que me odiaran, lo cual no era cierto. Pero querer perder era una tontería. Para eso era mejor no jugar. Porque en todos los juegos alguien gana y alguien pierde. Así que:

- En todos los juegos ha de ganar alguien y ha de perder alguien. Por eso son juegos. Si no, no jugaría nadie a nada - dije, ya más seguro.

Claro - dijo mi abuelo - que en los juegos ha de ganar alguien y, por tanto, ha de perder alguien. Pero no era esa la pregunta.

Yo ya me había dado cuenta, pero trataba medio consciente medio inconscientemente, de evitar profundizar, no fuera a encontrarme con

algo que no me gustara. Pero a mi abuelo no se le podía dar gato por liebre. Tenía las ideas muy claras. Así que decidí empezar la reflexión desde más atrás, desde el principio, y me pregunté: ¿para qué se inventaron los juegos? Y, enseguida se me hizo la luz:

- Es que - dije - los juegos se inventaron para pasar el rato, para distraerse.

Lo dije pero, al mismo tiempo, me estaba dando cuenta de cuál sería la siguiente pregunta de mi abuelo, pues yo seguía queriendo ganar a mi primo. Y ocurrió:

- ¿Y por qué quieres ganar y no pasar el rato?

Mi hermana, que había estado siguiendo el diálogo, mirándonos a uno y a otro, intervino ya, con cierto conocimiento de causa, y dijo:

- Lo que hay que hacer es jugar por jugar. Así nadie se tiene rabia.

- Si - dije yo - pero, si tú juegas por jugar y el otro juega por ganar...

- ¿Qué ocurre entonces? - terció mi abuelo.

Me vi de nuevo abocado a pensar. ¿Qué ocurría entonces? Por un lado, vi claro que, si yo perdía, yo no sentiría odio y, por otro, si ganaba, tampoco. Luego era la mejor postura. Y, por parte del otro, si ganaba, no sentiría odio, y si perdía... si perdía, puede que sí, pero ése sería su problema. Tras ello, ya me atreví a afirmar:

- Si juegas por pasar el rato, se eliminan los odios por tu parte. Si juegas para ganar, no los puedes evitar, en ti o en el otro.

- ¿Entonces qué conclusión sacáis?

Mi hermana se adelantó:

- Que lo mejor es jugar por pasar el rato, sin preocuparse de si ganas o si pierdes. Porque si no, no te distraes, sino que estás nervioso y no disfrutas del juego.

- Entonces, - siguió mi abuelo - ¿podéis decirme qué diferencia hay entre la amistad y la competencia o la competición, que es lo mismo?

Aquello era otro desafío. Así que me encerré en mí mismo, viendo que mi hermana hacía lo propio. A poco, empecé a darme cuenta de que, la mirase por donde la mirase, la competición sólo producía efectos negativos, así que dije:

- Que la competencia siempre es negativa.

- ¿Por qué? - quiso saber mi abuelo.

- Porque - repliqué - el que gana siente orgullo...

- ...y desprecio... - continuó mi hermana.
- ...y complejo de superioridad - completé yo - y el que pierde, siente vergüenza...
- ...y rabia... - completó mi hermana.
- ...y complejo de inferioridad - concluí yo.
- ¿Y la amistad? - preguntó mi abuelo satisfecho.
- La amistad no produce más que satisfacción.
- Claro, - añadió mi hermana - porque si eres amigo, no odias ni desprecias ni envidias ni te sientes humillado, sino igual al otro, ¿no?
- Sí - pude concluir.
- Pues tenedlo presente siempre. Los competidores nunca podrán ser amigos, aunque digan que lo son. Ni los amigos de verdad podrán ser competidores. Porque la amistad y la competición son posturas opuestas.

¡Cuántas veces, al cabo del día, recuerdo aquella disección tan elemental y tan clara para dos niños como nosotros, de no más de nueve años, cuando veo a nuestra sociedad, engañada por la competencia, sembrando la vida de odios, fracasos, resentimientos e injusticias!

\* \* \*

## EL VIEJO RELOJ

### 5.

Mi abuelo me había regalado un reloj de bolsillo suyo, muy viejo, que había dejado de funcionar y que tenía retirado hacía tiempo. Yo lo recibí con mucha veneración. Siempre me habían asombrado los relojes por dos motivos. Uno, porque sabían más que los hombres, ya que éstos tenían que consultarles a ellos qué hora era. Y otro porque, siendo objetos fabricados por los hombres, regían la vida de la Humanidad, que se les había rendido sin ninguna oposición. Había en aquello algo extraño y misterioso pues, a mi modo de ver, los relojes eran los únicos objetos capaces de someter a los hombres a sus dictados, ya que entonces aún no se habían inventado los semáforos.

Habitualmente, los juguetes me duraban muy poco. Podía más en mí la necesidad de averiguar qué tenían dentro y cómo funcionaban, que el deseo de jugar con ellos. Pero aquello era distinto. Aquello no era un juguete. Era el reloj que mi abuelo había usado durante muchos años y había regido su vida. Así que lo recibí con respeto y, durante varios días, lo saqué con frecuencia de su escondite y lo observé atentamente, como esperando que, de modo milagroso, echase a andar.

Pronto, sin embargo, me dije que un reloj que no marcaba la hora no merecía ningún respeto ya que, salvo eso, no sabía hacer nada más. Así que comencé a perderselo, hasta que decidí firmemente que se imponía averiguar qué tenía dentro y, sobre todo, por qué no funcionaba.

Una mañana, pues - debía andar yo entonces por los nueve años - apenas comencé mi jornada de niño en época de guerra, es decir, de no hacer casi nada, lo saqué de su rincón, tomé de la caja de herramientas de mi abuelo un martillo pequeño y un destornillador diminuto y de punta fina, y me instalé en el cuarto de lavar la ropa, que había convertido, a imitación de mi abuelo, en mi propio taller.

Aún recuerdo la emoción que me embargaba mientras le daba vueltas al reloj, tratando de averiguar cómo se podría abrir. Por fin, descubrí una pequeña muesca en el borde y, haciendo palanca con el destornillador, separé el aro que mantenía el cristal, y la esfera y las saetas quedaron al descubierto. Me pareció como si lo hubiera desnudado por sorpresa. Hasta sentí cierto rubor al descubrir y curiosear en sus interioridades. Pero aquella sensación fue breve. Seguí investigando y, a poco, ya había separado la otra tapa, que me dejó al descubierto la parte más secreta e íntima: la maquinaria. Aquello fue peor; como verle los intestinos y el estómago y los pulmones. Me asombró la cantidad de ruedecitas y engranajes y tornillos y muelles que aparecían por todas partes, llenándolo todo, sin dejar un solo rincón sin ocupar. Recuerdo que el primer pensamiento que acudió a mi mente fue el de cómo era posible que todas aquellas cosas fueran necesarias para que el reloj funcionara. Porque, en realidad, el reloj no tenía más trabajo que hacer rodar las saetas para que marcaran la hora. Llegué a la conclusión de que no todas podían ser igual de imprescindibles, pues no era lógico que, para algo tan sencillo, se necesitase toda aquella serie de mecanismos. Así que, enardecida mi curiosidad investigadora, desatornillé una rueda dentada que, al sacarla dejó caer del interior otra menor y un muelle que saltó por los aires como sintiéndose liberado de una prisión de siglos - cual el genio de la lámpara de Aladino - y que me costó mucho de encontrar. Luego, desenrosqué un diminuto tornillo y pude descubrir un muelle en forma de espiral, que parecía estar vivo y sentir dolor, a juzgar por los movimientos que hacía en cuanto se le tocaba. Me quedé observándolo y preguntándome qué papel podría desempeñar en el funcionamiento del reloj. Lo extraje de su sitio con el destornillador y, de repente, de modo inesperado, el reloj se puso a funcionar. Todas las ruedas y engranajes que quedaban en su sitio, como obedeciendo a una orden secreta y misteriosa, se habían puesto en movimiento. Mi primera reacción fue de sorpresa. Esperé un momento por ver si era una ilusión mía, pero no. ¡El reloj estaba funcionando! Recordé que, lo primero que había hecho con él, cuando lo saqué de su sitio, había sido darle cuerda, por ver, en un último intento desesperado, si podía lograr que funcionase. Así que tenía cuerda. Y muy pronto, aquella impresión de sorpresa fue sustituida por otra de satisfacción: ¡había arreglado el reloj! Estuve tentado de correr a mi abuelo a decirle

lo que había hecho. Pero me contuve. Me prometí esperar unos minutos, no fuera a suceder que se parase de nuevo. Y esperé. Pero el reloj siguió funcionando.

Aquello significó para mí un arduo problema: ¿qué papel tenían entonces esas ruedas que había extraído y ese muelle tan nervioso? Estaba claro que el reloj no los necesitaba. No era, pues, que estaba estropeado, sino que le sobraban piezas. La conclusión parecía la lógica. Pero, claro, enseguida vino la pregunta, más lógica aún: ¿entonces para qué las habían puesto? No supe responder. Así que, ante la evidencia de que el reloj funcionaba y previsiblemente iba a seguir funcionando mientras tuviese cuerda, lo tomé en la mano y corrí a buscar a mi abuelo.

- Abuelito - le dije, una vez a su lado - mira - y le mostré el reloj funcionando - lo he arreglado.

Mi abuelo contempló el reloj en marcha y con una sonrisa,

- Oye, estás hecho un relojero - me dijo halagador.

Yo no cabía en mí de gozo. Aquello era una especie de milagro. Había logrado lo que ni el relojero de verdad había conseguido. Fue un momento de gloria. Mi hermana, al oír las palabras de mi abuelo, acudió enseguida a observar el prodigio y, una vez convencida de que funcionaba, me preguntó intrigada y con desconfianza:

- ¿Y qué le has hecho?

- Nada - dije - le he quitado dos o tres ruedas y un muelle y se ha puesto a funcionar.

- ¿Entonces es que le sobraban? - preguntó incrédula.

- Está claro que sí - respondí yo muy seguro.

- ¿Y dónde están? - insistió.

- Aquí - dije - sacándolos del bolsillo y mostrándolos.

Mi hermana los observó y dijo, sin acabar de convencerse:

¿Y con todo eso puesto no funcionaba y sin eso, sí?

- Sí - respondí escuetamente y sospechando que mi éxito como relojero iba a durarme poco - ahí lo tienes funcionando.

Mi abuelo, que todo el rato había permanecido callado, creyó oportuno ya intervenir y, como quien no hace la cosa, preguntó:

- ¿Pero funciona bien?

En ese momento comencé a derrumbarme. No se me había ocurrido que una cosa es funcionar y otra, muy distinta, funcionar bien. Y que los



relojes eran útiles sólo si funcionaban bien. De todos modos, no me di por vencido. Así que dije:

- Supongo que sí. ¿Por qué no ha de funcionar bien? Antes de pararse funcionaba bien, ¿no? pues ahora se ha puesto en marcha y lo lógico es que siga haciéndolo.

- Lo que habrá que comprobar, pues, - dijo mi abuelo - es si de verdad es así.

- ¿Y cómo vamos a hacerlo? - pregunté sin alcanzar a ver el procedimiento. Mi abuelo sonrió y dijo:

- Comparándolo con otro que funcione bien.

¡Claro! Era lógico. ¿Cómo no se me había ocurrido?

- ¿Con cuál? - preguntó mi hermana, curiosa como siempre.

- ¿Os parece bien el del comedor? - preguntó mi abuelo.

Sí - respondimos los dos a coro, disfrutando de antemano con la experiencia. Y, acompañados de mi abuelo, nos dirigimos al comedor. Allí, colgando de un clavo en la pared, estaba el reloj que gobernaba la casa. No era nada extraordinario, ni hermoso ni grande ni casi llamaba la atención. Pero funcionaba muy bien. Era un regalo de boda que recibieron mis abuelos. Y daba unas campanadas solemnes que toda la familia escuchábamos como algo propio, familiar y tranquilizador. Cuando, por la noche, oía yo esas campanadas, parecían siempre decirme: “no temas, que estoy aquí y todo va bien, duerme que yo vigilo”.

Este reloj cuelga hoy de la pared del salón de mi casa. Y aún escucho con deleite sus campanadas lentas, sonoras, tranquilas, acariciadoras, precedida siempre, la primera de ellas, de una especie de aviso, un ruido especial que despertaba y aún despierta nuestra atención. Como si, antes de empezar su recital, cada vez, hiciese acopio de energías e inspirase profundamente, para poder luego resistir el esfuerzo emisor. Nunca me he separado de él y, como mi abuelo, cada sábado de mi vida, le he seguido dando cuerda. Sólo una vez de averió. Se le rompió un muelle. Y fue como si se me hubiese quebrado algo interiormente. Durante los días en que estuvo en el taller del relojero, la casa quedó como vacía. Y las noches se hicieron interminables, sin ninguna referencia ni ninguna voz amiga y tranquilizadora. Ahora sigue funcionando y yo, desde mi despacho, oigo sus campanadas y me siento tranquilo: estoy en casa. Y, cuando mi hermana, desde su residencia

actual, telefona y durante nuestra conversación el reloj del abuelo lanza al aire sus campanadas, sigue emocionándose al oírlas y siempre dice: ¡estoy oyendo el reloj del abuelito! Mi hijo ya se lo tiene pedido para el día en que yo ya no pueda darle cuerda los sábados porque para él, como para toda la familia, el reloj del abuelito es un amigo que nos ha acompañado a todos en todos los momentos, minuto a minuto, de nuestras existencias. Y son ya cuatro generaciones las que han escuchado su voz y se han sentido arrullados por ella. Su caja está ya carcomida y sus campanadas, yo diría que han perdido ritmo. Hasta, a veces, parece que se siente cansado y alguna de ellas se demora más de lo debido. Pero eso aún lo hace más entrañable, más humano, más próximo y aumenta nuestro cariño hacia él. Hecha esta digresión, volvamos al relato.

Una vez ante el reloj del comedor, mi abuelo puso en hora el que yo había “arreglado”, haciéndolo coincidir exactamente con el otro, y lo colocó en la caja de éste, fuera de nuestro alcance, diciendo:

- Ahora hemos de esperar por lo menos dos horas.

Se nos antojó una eternidad. Parecía como si, el tiempo se hubiese detenido, como si las saetas del reloj del comedor, siempre ágiles y alegres, repentinamente, hubieran experimentado un cansancio casi invencible y les costase un esfuerzo infinito recorrer la porciones de esfera necesarias para alcanzar las dos horas. Pero al fin - yo pensé que gracias a la fuerza que mi hermana y yo habíamos hecho - pasó el tiempo fijado. Y resultó que el pequeño sólo había avanzado una hora. Aquello, para mí, fue una sorpresa desagradable, porque yo estaba seguro de que “mi” reloj iba a funcionar perfectamente. Pero no. Mientras el grande corría dos horas, él avanzaba sólo una. Me quedé perplejo y sin saber qué decir ni qué hacer. Mi hermana, siempre más práctica, quiso comprobar:

- ¿Tenía dada toda la cuerda?

- Sí - dije yo - Se la di toda antes de abrirlo.

Mi abuelo nos dejó pensar y dialogar un rato. Luego dijo:

- Bien, ¿qué podemos hacer ahora?

Pensé en las piezas que le había quitado. Quizás si se las pusiera de nuevo, entonces no se atrasaría tanto. Así que dije:

- Abuelito, a lo mejor le faltan las piezas que le he quitado, porque ¿y si esas piezas hacían que no se atrasase?

Mi hermana, con su mente analizadora contestó:

- Pero ¿no dices que con esas piezas puestas no funcionaba?

Era cierto. Con esas piezas en su sitio, no funcionaba. Pero entonces ¿qué papel tenían esas dichosas piezas que, con ellas, el reloj no iba y, sin ellas, se atrasaba? Quise ver de nuevo el reloj por dentro. Mi abuelo me dejó hacer. Lo abrí y comencé a estudiar otra vez sus interioridades. Pero no descubrí nada que me ayudase. Aquello rodaba y rodaba todo, pero nada más. Y se atrasaba. Así que pensé que, lo único que podía hacer era ponerle otra vez las piezas que le había quitado y ver qué pasaba. No fue nada fácil pero, mi empeño era mucho así que, tras gran esfuerzo y varios intentos, las piezas quedaron en su lugar inicial... y el reloj, parado.

Mi abuelo consideró que aquello había dado ya de sí todo lo que podía dar y dijo:

- Bueno, creo que ya podemos sacar de todo esto la lección correspondiente, ¿no?

Mi hermana y yo nos miramos y sonreímos con ilusión, presintiendo una de esas charlas tan sabrosas con que mi abuelo nos obsequiaba. Entonces dijo:

- Antes que nada quiero decirles que el relojero me explicó que este reloj está muy gastado, que por supuesto, se podría arreglar pero habría que sustituirle tantas piezas que resultaría más caro que comprar uno nuevo. Así que lo retiré y me compré otro. Mi hermana y yo nos quedamos pensando un momento y yo, al fin, dije:

- Entonces ¿por qué me has dejado creer que lo había arreglado?

- Para que aprendieses a no sacar conclusiones precipitadas. Y, además, que comprobases que una cosa es que funcione y otra que funcione bien, ¿no?

- Sí - dije pensativo.

Mi hermana, curiosa como siempre, preguntó:

- ¿Y para qué sirve eso?

Mi abuelo la miró y, con una sonrisa, dijo:

- Para comprender el mundo.

- ¿El mundo? - exclamamos los dos, asombrados - ¿con eso podemos comprender el mundo?

- Porque el mundo - concluyó mi abuelo - es como un gran reloj con muchas piezas. Y da la hora a todos los relojes.

Aquello era demasiado. ¿El mundo como un gran reloj? ¿Qué querría decir mi abuelo con aquella afirmación tan extraña? No lo comprendía, así que dije:

- No entiendo en qué se parece el mundo a un reloj.

Mi abuelo quedó un momento en silencio, como para ordenar su pensamiento, y respondió con una pregunta:

- ¿Vosotros creéis que el mundo funciona bien?

Los dos nos quedamos perplejos. Yo, inmediatamente, tuve que admitir que no. Estábamos en guerra y, por tanto, no se podía decir que el mundo estaba funcionando bien, así que respondí:

- No, porque hay guerra y eso es porque no funciona bien.

- Pero funciona, ¿no? - repreguntó mi abuelo.

- Sí - se apresuró a decir mi hermana - funciona, pero podría funcionar mejor.

- O sea - concluyó mi abuelo - que podríamos decir que el mundo se está atrasando.

Me pareció tan acertada aquella frase que dije, de inmediato:

- Eso, el mundo se atrasa porque hay guerra.

- ¿Y cómo debería ser el mundo para marcar bien las horas? - profundizó mi abuelo. Mi hermana fue esta vez más rápida:

- Tendría que ser un mundo sin guerras y sin gente con hambre y...

- ...y en el que todos fuesen buenos y se quisiesen y todos fueran felices - concluí yo.

- ¿Comprendéis, pues, la diferencia entre funcionar y funcionar bien?

- Sí - dijo mi hermana - porque ahora el mundo funciona, porque no está parado, pero funciona mal.

- Perfecto - dijo mi abuelo - lo habéis captado muy bien. Tenedlo siempre presente y procurad ayudar para que el mundo funcione bien y no se atrase.

- ¿Y cómo podemos ayudar para eso? - preguntó mi hermana frunciendo el ceño intrigada.

- Pues siendo buenos, haciendo vuestros deberes, no haciendo daño a los demás... Y, cuando seáis mayores, siendo un ejemplo para los otros, para que vean que es posible hacer las cosas bien y querer a todos y ser feliz sin tener que declarar guerras y hacerse daño.

Durante un momento, los dos nos sumergimos en nuestros pensamientos. Yo me vi, ya adulto, tratando de hacer aquello que mi abuelo acababa de decir y ayudando para que el mundo diese la hora bien. Y me gustó la idea. Luego, como me había quedado con la frase aquella de que el mundo “daba la hora a todos los relojes”, quise saber:

- Abuelito, pero tú has dicho antes que el mundo da la hora a todos los relojes...

- Exacto - cortó mi abuelo.

Mi hermana, con cara de extrañeza, inquirió:

- ¿Y cómo hace eso?

- ¿A vosotros qué os parece? - fue su escueta respuesta.

Aquello era como la orden de salida para una nueva carrera. Significaba que mi abuelo había decidido poner a prueba nuestra capacidad de análisis y de raciocinio. Y, como ése era uno de nuestros deportes favoritos, aceptamos el reto. Los dos nos quedamos pensativos. ¿Cómo demonios podría el mundo dar la hora a los relojes? Al principio no se me ocurrió nada. Miré a mi hermana que, a su vez, me dirigió una mirada con cara de no saber qué decir. Así que no tuve más remedio que plantearme el asunto de nuevo. De repente recordé que lo único que hacían los relojes era marcar el tiempo. Pero, ¿qué era el tiempo? Nuevo obstáculo. Como no daba con una definición satisfactoria - aún no lo he logrado - pensé que un día era tiempo. Y me concentré en ello. Pero, ¿qué era un día? Vi claro que era lo que va desde un amanecer hasta el siguiente. Y recordé que el día tenía veinticuatro horas. Y, por ese camino, pronto caí en la cuenta de que, en efecto, el día y la noche eran los que nos decían en qué fecha estábamos y que, como un día tenía veinticuatro horas, esas horas las habían sacado los relojes del día que nos mostraba la naturaleza. Así que dije en tono triunfante:

- Porque el mundo crea los días, y dentro de los días están las horas, ya que cada día tiene veinticuatro.

- No está mal - dijo mi abuelo con satisfacción. Mi hermana, sin embargo, sorprendida por mi respuesta, no acababa de aceptarla, así que dijo:

- ¿Y cómo se lo dice a los relojes?

Mi abuelo intervino para aclararnos que los relojes no eran seres vivos, sino aparatos hechos por el hombre y que era el hombre el que les daba cuerda y el que los ponía en hora y ellos sólo tenían que funcionar

bien e ir las marcando. Pero el hombre tenía que sacar de la naturaleza la información sobre en qué día estábamos, y en qué estación y en qué año y hasta en qué siglo. Y siempre era el mundo el que proporcionaba esos datos, que los sabios le iban arrancando como secretos muy bien guardados. Dicho esto, sin embargo, mi abuelo dijo, cambiando el tono de su voz:

- Pero no era esto lo que yo quería decirnos.

- ¿Y qué querías decirnos? - se adelantó mi hermana.

- ¿Os habéis fijado en que el reloj tenía muchas piezas?

- Sí - respondimos al unísono.

- ¿Y en que no basta que funcione, sino que ha de funcionar bien?

- Sí - dijimos.

- ¿Y en que, si se para o funciona mal es porque alguna pieza le falta o está estropeada?

- Sí.

- ¿Entonces está claro que todas las piezas de un reloj son necesarias para que funcione bien, ¿no?

- ¡Claro! - respondimos convencidos - Si no, no se las pondrían.

- Exacto - dijo mi abuelo - igual que el mundo.

Aquella afirmación tan rotunda de mi abuelo me hizo pararme un poco. Pararme a pensar. Al fin, para aclarar un poco lo que se me venía encima, dije:

- ¿Quieres decir que el mundo tiene muchas piezas y todas son necesarias?

- Muy bien - dijo mi abuelo. Y añadió:

- Pero, ¿dónde están las piezas del mundo?

Mi hermana, que había permanecido en silencio, pero no inactiva mentalmente, se adelantó, preguntando tímidamente:

- ¿Somos nosotros las piezas del mundo?

- Exactamente. Nosotros. Y los pájaros. Y los insectos. Y las plantas. Y el mar. Y el viento. Y la lluvia y...

- ¿Todo eso son piezas del mundo? - pregunté extrañado.

- Sí. Todo eso.

- ¿Y todas son necesarias para que el mundo funcione? - quiso aclarar mi hermana.

- Todas - respondió mi abuelo.

- ¿Pero igual de importantes? - inquirí yo.

- Igual de importantes - fue la respuesta.

- ¿Entonces - dijo mi hermana - es igual de importante para el mundo un mosquito que yo?

- Igual de importante.

Mi hermana y yo nos miramos con desaliento. Desde luego, para mí, ella era mucho más importante que un mosquito y no comprendía el punto de vista del mundo, que me parecía totalmente equivocado. Yo estaba seguro de que, para mi abuelo, nosotros dos éramos más importantes, mucho más importantes que dos mosquitos. No podía, por tanto, admitir una afirmación tan incierta. Me decidí, pues, a ir al grano:

- ¿Y para ti también valemos igual nosotros que dos mosquitos?

Mi abuelo se echó a reír de buena gana.

- No - dijo - por supuesto que no. Para mí vosotros valéis más que todos los mosquitos del mundo. Pero para el mundo, no.

- Pues no lo entiendo - dijo mi hermana, cada vez más extrañada.

- Veréis: - se decidió por fin mi abuelo - El mundo no lo formáis vosotros dos. Lo forman, lo formamos, millones y millones de seres y de minerales y de energías y de fuerzas. Y todas juntas forman el mundo. Y, con el paso de los años, de los millones de años, todas esas cosas se han ido influyendo unas a otras y se han ido necesitando unas a otras, de modo que ahora todas resultan necesarias para alguien. ¿Comprendéis?

- ¿Y si se murieran todos los mosquitos qué pasaría? ¿a quién le hacen falta? - preguntó, muy segura, mi hermana.

- A muchas especies de pájaros que se alimentan de ellos.- respondió mi abuelo.

Aquello sí que me abrió un horizonte inmenso. ¡Claro!, pensé: si desaparecen los mosquitos, se mueren los pájaros. Y, si desaparecen los pájaros, se mueren los carnívoros, y, si se mueren los carnívoros, hay demasiados mamíferos y, si hay demasiados mamíferos, no encuentran comida y, si no encuentran comida, se mueren y, si se mueren, se mueren también quienes de ellos viven o se visten, o sea, los hombres. Lo vi clarísimo. Aquello era una verdadera revelación. Lo que mi abuelo nos había dicho alguna vez que él llamaba una ampliación de conciencia. Así que sentenció:

- Si desaparecieran los mosquitos, todos los seres humanos nos moriríamos.

Mi hermana abrió sus ojos con asombro y su respuesta fue inmediata:

- ¿Así que si se mueren los mosquitos nos morimos todos? Pues yo preferiría que se murieran ellos porque, mientras viven, no hacen más que picarnos.

Mi abuelo creyó oportuno intervenir de nuevo y dijo:

- No se trata de que nos muramos todos si desaparecen los mosquitos. Lo que ocurre es que todas las especies son necesarias para alguna otra y todas se necesitan: los vegetales absorben los minerales, los herbívoros comen plantas, los carnívoros comen carne, los hombres comen de todo... ¿no os recuerda el reloj y sus piezas?

Lo vi claro. Las piezas del reloj, aisladas, no sirven para nada. Pero unidas, forman un reloj, que puede marcar la hora. Y, mientras estén unidas, cada una en su sitio y funcionando bien, el reloj seguirá marcando las horas. Pero, si una de ellas se estropea, todo el reloj se resentirá y, aunque las demás sigan funcionando bien, ya no servirá para marcar las horas. Aquello era todo un descubrimiento. Mi abuelo, aprovechando el momento, insistió:

- ¿Que debemos hacer los humanos, pues, para que el mundo funcione como un reloj?

Nueva pausa mental. Pero esta vez estaba ya dominada la materia. Y fue mi hermana la que respondió:

- Hacer las cosas bien.

- Exacto - remachó mi abuelo con satisfacción - funcionar bien. Y sólo funcionamos bien mientras cada uno cumplimos con nuestras obligaciones. Y, si no lo hacemos, nos convertimos en piezas que no funcionan bien y el reloj del mundo empieza a atrasarse por nuestra culpa. Cada uno de nosotros ha nacido y está situado en el sitio en que mejor puede desarrollar su papel de piecicita del reloj del mundo. Es, pues, en ese sitio donde hemos de funcionar bien. Lo mejor que sepamos. Y así el mundo funcionará bien también.

¡Qué distinto sería todo si nos concienciásemos de que somos piezas necesarias del mundo y que, como tales, tenemos la obligación de funcionar bien, de cumplir nuestras obligaciones lo mejor que sepamos y de pensar que depende de nosotros que todo vaya adelante y el reloj que es el mundo dé la hora correctamente!



Mientras he recordado esta escena, he tenido ante los ojos el último reloj de bolsillo de mi abuelo. Aún lo conservo, a pesar de haber transcurrido cincuenta y siete años. Es de plata de muy baja ley. Está todo rayado por el uso. No tiene ningún adorno. El cristal ha amarilleado. La esfera está cuarteada y resulta casi ilegible. Lo usó muchos años, hasta que nos dejó, y yo aún lo recuerdo y me parece verlo, con toda claridad, con él en la mano, dándole cuerda y comprobando su exactitud. Ya no funciona, por supuesto. Ni sé ya cuántos años hace que dejó de hacerlo. Murió de vejez, como mi abuelo. Por supuesto que podría hacerlo arreglar pero, ¿para qué? La suya sería una vida triste y muy solitaria. ¿Para quién iba a marcar las horas y con qué fin? No obstante, aunque cansado, agotado y silencioso, para mí, aunque no marque las horas, sigue siendo una joya.

\* \* \*

## LA PLAYA

### 6.

Ese domingo madrugamos. Nos habían prometido que iríamos a pasar el día en la playa y eso, para nosotros, encerrados en la Granja casi dos años, suponía una extraordinaria aventura. Tal era la ilusión que nos producía que, desde el viernes, tuvimos mártires a mi madre y a mi abuela, para que se dieran prisa en preparar todo lo que habíamos de llevarnos. Nos parecía que nunca llegaba el domingo. Íbamos a ir con mi tía Paca, de Madrid, y sus tres hijas, y con la familia de mi tío Luis, que tenía tres hijos más y de mi tío Vicente, con otros tres. En total, cinco niños y seis niñas, más los mayores que, a nuestros efectos, no contaban.

Por aquellos años la playa no era un lugar agradable ni solicitado. Nadie iba a la playa. Y, por tanto, no había ninguna comodidad de transporte para llegar hasta allí, ni se limpiaba la arena, ni se podía uno duchar, ni existían lugares para vestirse, ni había toallas de playa, ni a nadie se le había ocurrido aún extenderlas sobre la arena para tumbarse encima. Entonces había que echarse directamente sobre la arena. No se hacía, pues, prácticamente nada de lo que hoy es habitual en cualquier playa. Pero eso a nosotros no nos importaba. Íbamos a ir a la playa y ello era bastante para emocionarnos.

Como entonces vivíamos en la Granja de Burjasot, a unos cuatro kilómetros de Valencia, y dio la casualidad de que estaban arreglando la línea del tren que nos hubiera dejado en la estación de los Ferrocarriles Económicos - el “trenet” (trenecito) como lo llamábamos - el viaje tuvo que comenzar yendo, a pie, lógicamente, hasta la parada del autobús que iba a Valencia. Así que, aquel domingo del verano de 1.938 nos levantamos a las siete, desayunamos con prisa y nervios y cada uno cargó con sus enseres. Los niños, con cubos y palas, sombreros y toneladas de ilusión. Los mayores, con bolsas con la comida, una

sombrilla, unas sillas plegables, toallas, botellas de agua y poco más. Recuerdo que mis abuelos, que no vinieron, nos despidieron desde el balcón, diciéndonos adiós con la mano, como si nos fuéramos a una expedición peligrosa, que era, poco más o menos, lo que a nosotros se nos antojaba.

El autobús tardó una eternidad en llegar o, por lo menos, esa sensación nos dio. Por fin, apareció y resultó que iba lleno. Tuvimos que embutirnos nosotros y todos los trastos, y acabamos de pie, comprimidos entre los mayores, sin poder ver por las ventanillas y con un calor sofocante, a pesar de que eran aún las ocho y media. Mis primas pequeñas empezaron a llorar porque tenían calor y hubo que tomarlas en brazos. A mi hermana empezó a picarle un ojo y comenzó a restregárselo hasta que mi padre la tuvo que subir, también, a la altura de los mayores. Yo estaba cansado. Como si nunca hubiera estado de pie. Era ilógico, yo mismo me daba cuenta, porque me pasaba todo el día corriendo y sin sentarme y no me cansaba y no era normal que entonces, recién salido de casa estuviera cansado. Pero lo estaba. Y mucho. Mi cansancio iba aumentando alarmantemente. El viaje hasta Valencia fue eterno. Por fin, llegamos y desembarcamos, otra vez llenos de ilusión, frente a las Torres de Serranos, y nos dirigimos al Puente de Madera para, atravesando el río, llegar a la estación y tomar el tren hasta la playa de la Malvarrosa.

Cruzar el río Turia por el Puente de Madera (el “Pont de Fusta” en valenciano) siempre fue emocionante. Tenía estructura metálica, pero su pavimento era de madera, de tablas, de modo que, al caminar sobre ellas, cada una emitía su nota característica y el puente estaba continuamente entonando una especie de sinfonía inacabable, que a los niños nos subyugaba. Recuerdo que ensayábamos todas las posibilidades: ir despacio, deprisa, corriendo, saltando, a pie cojo, y cada vez el puente hacía un sonido distinto. El puente, pues, nos compensó del agobio y el cansancio del autobús que, como por obra de magia, se nos curó en cuanto supimos que teníamos que atravesarlo.

Llegados a la estación, tuvimos que esperar a que llegase el tren y bajase la gente que en él venía. Nos acomodamos todos en el mismo vagón y durante el recorrido disfrutamos todo lo que pudimos, imaginando que viajábamos a algún país exótico y lejano y relatándonos las aventuras que íbamos a vivir ese día.

Por fin, llegamos a la estación de la Malvarrosa. Descendimos y nos encaminamos hacia la playa, que estaba como medio kilómetro. Hacía ya un calor sofocante, aunque la brisa marina lo hacía más soportable. Llegados a la altura de las casas de los pescadores, ya pudimos ver el mar. Era impresionante. Llenaba todo el horizonte. Y parecía que el agua se iba a salir (siempre que voy al mar me da la misma impresión de que se va a salir). La playa estaba solitaria. Al llegar a la arena, desobedeciendo a nuestros padres, nos quitamos las sandalias. La arena, blanca, quemaba al pisarla y tuvimos que ponérselas de nuevo. Por fin, llegamos a la orilla y los mayores plantaron la sombrilla y acomodaron todos los trastos a su alrededor. Nosotros, los niños, despojados ya de nuestra ropa y en bañador - los pequeños, desnudos - comenzamos la aventura.

Realmente, cuando un niño llega a la playa por primera vez o después de mucho tiempo, no sabe qué hacer. Se le ocurren tantas cosas que se queda inmóvil haciendo una especie de selección mental. Por fin, lo que suele ocurrir es que corra hacia el agua. Y eso hicimos. Nos pareció que estaba fría - siempre lo parece - y retrocedimos. Pero, pudo más el afán de aventura y pronto estábamos todos dentro. Claro que las olas, con las que no habíamos contado en nuestros cálculos, no nos permitían penetrar mucho, pues nos daban miedo. Las olas son una cosa extraña, que surge no se sabe de dónde y nos empuja persistentemente hacia afuera, como si el mar se negase a admitirnos en su seno. Siempre me han parecido una demostración palpable de que el mar está vivo. Lógicamente, no sabíamos nadar, así que nos tuvimos que conformar con sentarnos en un agua que nos llegaba, lo más, hasta la rodilla. Aquello no tenía demasiado atractivo, por lo que pronto estábamos corriendo por el agua y dando patadas a las olas. Pero también eso acabó por cansarnos y salimos a la arena sin saber qué hacer. Uno sugirió que buscásemos pechinas, así que nos dedicamos a ello con verdadera fruición. Y fue interesante. Recolectamos muchas y de formas y colores diferentes. E, incluso, algunos caracoles. Y muchas plumas de calamar, que siempre me han subyugado, con una cara durísima y la otra que se puede rayar con la uña y de una materia desconocida e inclasificable. Luego, se nos dijo que hiciéramos castillos de arena. Y empezamos a disfrutar con las palas. Ni que decir tiene que, a esas alturas estábamos todos rebozados en arena. Los pequeños la habían ya saboreado, se

habían restregado los ojos con los dedos llenos de ella y comenzaban a experimentar las molestias propias y a llorar. El sol, implacable, nos iba quemando sin que nos diésemos cuenta.

Cuando llegó la hora de comer, todos corrimos a recibir nuestro correspondiente entrepán de tortilla de patatas. Nos sentamos y comenzamos a devorar aquello tan rico. Y ocurrió algo extraño: al segundo o tercer bocado, resultó que las tortillas de todos los niños estaban llenas de arena y no se podían masticar. Todo era arena. Y, cuanto más intentábamos quitarla, más arena aparecía en la tortilla y en el pan. Lo que prometía ser un banquete, se convirtió en una lucha con la arena, que se empeñaba, de un modo incomprensible para los niños, en estropearnos la comida. Los mayores, sin embargo, no tenían ese problema, cosa que yo no acababa de comprender porque no podía admitir que, por el hecho de ser mayores, la arena los respetase más que a nosotros. Pero era cierto, nuestras tortillas, cada vez tenían más arena encima y dentro y por todas partes. Y lo mismo ocurrió con los plátanos y con las manzanas y con la gaseosa y con el agua. Todo estaba lleno de arena. Recuerdo que me planteé que sería mejor que en las playas no hubiera arena. Pero pronto caí en la cuenta de que entonces no serían playas, así que, momentáneamente, no le encontré la solución al problema.

Después de comer, en plena digestión, nuestra actividad disminuyó y comenzamos a tumbarnos en la arena, excavando antes un poco para encontrar la húmeda, que nos permitía sentirnos más frescos, ya que el sol a esas horas quemaba sin ninguna compasión. Pero eso tuvo peores consecuencias porque, entonces la arena se apoderó de todo nuestro cuerpo. Y nos empezó a escocer la espalda, quemada por el sol - entonces no había filtros solares ni nada parecido - y los ojos, y aquello comenzó a convertirse en una obsesión.

Recuerdo que, no sé por qué, se me ocurrió pensar en el regreso hasta casa y sentí terror.

Los pequeños empezaron a sentir sueño y a llorar, porque los niños pequeños lloran siempre, incluso sin motivo. Los más mayores, ya cansados del calor y la arena, empezamos a pensar en lo bien que se estaba en casa. Y nuestros padres, que ya se imaginaban lo que sería el regreso, se apresuraron a recoger los bártulos y a ir mentalizándonos para empezar a desfilar hacia el tren.

Por fin, abandonamos la playa sin siquiera mirar atrás. Íbamos llenos de arena. El cuerpo nos picaba pues, mientras estábamos a torso desnudo, no se notaba tanto, pero con las camisas puestas, la arena, que no había medio de desterrar de nuestra piel, se hacía insoportable. Y la sal, reseca sobre nuestra piel, la hacía tirante e incómoda.

En el tren nadie habló ya de aventuras. Estábamos agotados, ardiendo, escocidos, con sueño, con hambre y, eso sí, llenos de arena. Aparecía en los sitios más inesperados: en los bolsillos de los pantalones; en los oídos, pero por dentro; en las cejas; en el pelo; y, sobre todo, en los ojos. Eso con un tesón y una persistencia que yo no acababa de comprender. El Puente de Madera fue ya un tramo inacabable de camino. Recuerdo que las notas de los maderos, que tan alegres me habían parecido por la mañana, se me antojaron quejidos, suspiros, ayes y hasta gritos de socorro. El autobús se llenó otra vez y el calor, junto con la arena en la espalda escocida y en los ojos, hizo el trayecto eterno. Mi hermana se había dormido en brazos de mi padre. De mis primos, sólo el mayor resistía como yo, pero los dos a punto ya de claudicar y pedir auxilio. Por fin, llegamos a casa. Mis abuelos nos observaron con curiosidad. Sobre todo, mi abuelo. Lo miré y supe que, al día siguiente “extraeríamos” las oportunas lecciones de todo aquello. Mi madre aún nos metió en la bañera y luego, con un vaso de leche calentita, nos metimos en la cama rendidos.

A la mañana siguiente, después de desayunar, mi abuelo nos preguntó:

- Bueno, contadme, ¿qué tal ayer?

Mi hermana y yo nos miramos sin saber qué decir. Recordábamos muy bien nuestro estado de ánimo cuando nos despidió desde el balcón, y el de nuestro regreso. Así que, hice tripas corazón y respondí:

- Bien. Lo pasamos muy bien.

Mi hermana, más exacta, añadió:

- Bueno, muy bien, no. Bien.

Mi abuelo puso cara de perplejidad. Y, tras un momento, dijo:

- ¿Bien o muy bien?

- Al principio, bien, pero luego... - inicié yo.

- Cuando la arena empezó a meterse en todos los sitios... - continuó mi hermana.

- Ya. - dijo mi abuelo viendo claro - Que no resultó lo que habíais imaginado.

- Pues no - dije yo. Pudo ser bonito, pero la arena y el sol y el agua salada y el viento y la tortilla llena de arena y el agua con arena y...

- Y el calor, y lo lejos que está la playa y...

- ¡Pues vaya aventura que habéis vivido! - dijo mi abuelo sonriendo y para provocarnos un poco - algo debe de haber fallado.

Era el aviso. Ya estaba allí. Había que empezar a pensar, a sacar conclusiones, a descubrir cosas, como mi abuelo decía. Así que los dos, habituados ya a aquello, nos dispusimos a afilar la mente. Mi abuelo esperó nuestra respuesta pero, en vista de que no llegaba, prosiguió:

- ¿O no?

No tuve más remedio que decir algo. Así que pregunté a mi vez:

- ¿Por qué tiene que haber fallado algo?

- No lo sé - respondió mi abuelo - pero me da esa impresión.

- ¿Por qué? - preguntó mi hermana que, como yo, sentía cierta vergüenza de haber salido de casa tan contenta y haber regresado tan deshinchada. Y, como yo, se negaba inconscientemente a reconocer que en algo nos habíamos equivocado.

- No sé - replicó mi abuelo - os vi salir tan contentos por la mañana y os vi llegar tan tristes por la noche, que no me lo explico, a no ser que algo fallara. ¿Había motivo para tanta alegría y para tanta tristeza a la vez?

Tal como lo había planteado no había ya más remedio que tomar el toro por los cuernos y diseccionar bien lo sucedido. Así que me atreví:

- Yo creo que nos habíamos imaginado que sería más bonito.

Mi hermana, sin atreverse a más, se limitó a expresar un tímido

- Sí.

- ¿Es que no era bonita la playa?

- Sí - dije yo - era bonita, pero...

- ¿Pero qué?

- Pues que tiene demasiada arena - intervino mi hermana.

- ¿Demasiada? ¿Y cuánta piensas tú que debería tener?

- Bueno - corrigió mi hermana - es que se mete en todos los sitios.

- Y se queda pegada al cuerpo - añadí yo - y escuece y siempre tienes arena.

- Y - siguió mi hermana - se mete toda en los ojos y duele mucho.

- Y en los oídos y en la nariz y en la tortilla y en el agua y...-  
concluí.

- ¿Y qué es lo que pensáis que falló? - preguntó mi abuelo.

- Es que la playa no era como debía ser - respondió convencida mi  
hermana

- ¿Y cómo debía ser? - preguntó mi abuelo, fingiéndose  
asombrado.

Al oír a mi hermana, empecé a comprender: en realidad, la playa  
era así. Lo que ocurrió es que nosotros pensamos que sería distinta. Así  
que dije:

- Es que pensábamos que no tendría tanta arena.

- Y que el sol no quemaría tanto - añadió mi hermana.

- Y que la tortilla se podría comer.

- Y que estaría más cerca.

Mi abuelo nos dejó decir. Y, cuando terminamos nuestras  
acusaciones, dijo reflexivo:

-¿Y todo eso fue culpa de la playa?

Me di cuenta enseguida de que no. De que la playa era siempre la  
misma, con la misma arena y el mismo sol, y estaba siempre igual de  
lejos. No tuve más remedio, pues, que responder:

- No.

- ¿Entonces - inquirió mi abuelo - qué es lo que primero os puso  
tan contentos y luego tan tristes? ¿habéis descubierto ya la causa?

Me puse a reflexionar en serio: estábamos contentos antes de ir,  
luego la playa no podía tener culpa de nuestra alegría. Y estábamos  
tristes al regresar, pero la playa había sido como siempre, como es ella.  
Luego,

- La culpa fue nuestra - dije convencido.

- ¿Nuestra? - exclamó mi hermana sorprendida - Yo no me metí la  
arena en los ojos adrede, ni en el entrepán, ni en mi espalda, ni me la  
quemé, ni...

- ¿No? - preguntó mi abuelo, mirándola.

Mi hermana frenó en seco su perorata. Yo recordé que a los  
mayores no se les metía la arena en los ojos ni en el bocado ni en el  
agua. Y no se les quemó la espalda. Y habían estado con nosotros en la  
misma playa durante el mismo tiempo. Así que teníamos que ser  
nosotros los culpables.



- Seguramente, hemos cometido un error - reconocí.

- ¿Uno solo? - preguntó mi abuelo.

Aquello era ya el desafío definitivo. Había que “ultimar la faena” descubriendo en cuántos errores habíamos incurrido. Pronto vi que habíamos idealizado la playa, que la habíamos imaginado sin arena, sin sol, cerca, cómoda, etc. Así que dije convencido:

- Hemos pensado, antes de verla, que la playa era más agradable.

Mi hermana se quedó pensativa y, al fin, pareció estar de acuerdo, al añadir:

- Yo no sabía que la arena se metía en todas partes.

- ¿A los mayores también les ha ocurrido? - preguntó mi abuelo.

Nos quedamos pensativos. Yo ya sabía que no. Pero mi hermana hizo un esfuerzo de memoria y llegó a la misma conclusión:

- No, - dijo - a ellos no. - y, acto seguido, cayó en la cuenta, y añadió:

- Es que los mayores no se han movido, ni se han acostado en la arena.

- Ni se han restregado los ojos... - completó mi abuelo.

- No - respondió mi hermana pensativa.

- ¿Cuántos errores, pues, pensáis que cometisteis?

- Dos - dije yo convencido.

- ¿Cuáles? - quiso saber mi abuelo.

- Imaginar la playa como no era - dije yo.

- Y movernos y rascarnos y ensuciarnos de arena las manos mojadas y ponernos al sol demasiado, en vez de en la sombrilla - completó mi hermana.

- Bueno - concluyó mi abuelo - no ha estado mal. La próxima vez tenedlo en cuenta y pasaréis un día muy agradable en la playa. Porque la playa es un lugar estupendo, si se sabe estar en él. Pero - añadió - sobre todo, no penséis nunca que las cosas son como las imagináis y, menos aún, como os gustaría que fueran. Las cosas son como son. Y lo que habéis de hacer es enteraros de cómo son antes de ilusionaros con ellas. Porque, una cosa es soñar - lo cual es fácil y no supone esfuerzo - y otra es vivir, que nos obliga al conocimiento directo, por lo que resulta aconsejable la información previa.

¡Cuántas veces en la vida he visto a la gente ilusionarse con algo sin saber realmente cómo es y, luego, sentirse defraudada, sin caer en la cuenta de que el error fue propio! Ocurre con el enamoramiento, con el matrimonio, con las ideas políticas, con las asociaciones comerciales, con los proyectos de futuro...

\* \* \*

## LOS GEMELOS DE TEATRO

7.

Supongo que en agradecimiento a todo lo que mis padres estaban haciendo por el tío Indalecio, – tenerlo escondido en casa con riesgo de nuestra vida – en casa de la tía Delfina (su mujer y hermana de mi padre), los Reyes Magos me trajeron unos gemelos de teatro, allá por el año 1938, cuando yo tenía nueve, en plena guerra civil, y cuando los españoles se mataban unos a otros despiadadamente.

Ni que decir tiene que aquel regalo me hizo feliz. Con esos gemelos estudié todos los pájaros, las ardillas, las flores, las piñas en lo alto de los pinos, el horizonte...y, por supuesto, a mis padres, a mi hermana, a mis primos y todo el que se me puso a tiro.

Aún tengo grabada en la retina la impresión tan maravillosa que me produjo el mirar a contraluz, una tarde, a la puesta del sol, un arriate de cosmos, cuyas flores, hasta entonces no me habían llamado particularmente la atención. Pero aquel día, con el sol a sus espaldas, sus pétalos se habían convertido en algo etéreo, sus colores no eran terrenales, tenían un algo irreal, como un aura, una pureza que no he vuelto a ver nunca más. Eran el color hecho materia, como si fuese sólido y me fuera posible tocarlo. Sin embargo, mirados a simple vista, ya no eran lo mismo. Aquello me hizo apreciar más mis gemelos y, durante una larga temporada, no me separé de ellos.

También me impresionó el hecho, que descubrí por casualidad, de que, si miraba con ellos al revés, lo que observaba se reducía de tamaño. O sea, que disponía de tres posibilidades para cada cosa. Aquello me resultó impresionante. Así que me pasé varios días mirándolo todo, primero del derecho, o sea, aumentándolo, y luego del revés. Llegué así al convencimiento interno, aunque no reflexionado, de que las cosas eran en realidad como las veía sin los gemelos y, luego, podían

aumentarse o reducirse de tamaño, según las mirase por uno u otro lado de los mismos.

Ni que decir tiene que, apenas hice el descubrimiento, se lo comuniqué a mi hermana, que se pasó un buen rato observando las cosas y a mí, primero del derecho y luego del revés. Pero pronto la cosa perdió interés para ella. Yo, sin embargo, seguí experimentando. Aquello tenía algo que yo sentía que no había acabado de descubrir, así que insistí e insistí sin obtener nada más que lo que ya sabía.

Pasados unos días, de repente, poco después de haber estudiado al gato con todo detenimiento con mis gemelos, como el “eureka” de Arquímedes, me vino de repente lo que yo estaba ya presintiendo, la gran pregunta: ¿Cómo son las cosas en realidad, grandes, pequeñas o como las veo sin los gemelos? Fue como un mazazo. Durante dos o tres días más, la pregunta me atormentó porque, lo cierto es que yo las veía, a voluntad, grandes, pequeñas o “normales”. Pero eso no cambiaba nada. Yo quería saber, y cada día con más insistencia, con más necesidad y hasta con más angustia investigadora, cómo eran “de verdad”.

Estaba claro que el cristal, las lentes de los gemelos no influían en el gato. Por ejemplo, no lo hacían más grande. Ni lo hacían más pequeño. El gato era el mismo siempre. Pero yo lo veía grande o pequeño. Recuerdo que me costó bastante llegar a la conclusión de que en donde influían los gemelos no era en el gato, sino en mis ojos. Y eso me asustó en cierto modo y me planteó un problema colateral: ¿Sería bueno mirar las cosas con gemelos o acabarían éstos perjudicándolos? Pero el problema principal no era ése. El problema principal seguía siendo cómo eran, de verdad, las cosas en la realidad.

Como no lograba aclarar aquello y siempre me ha angustiado no poder resolver un asunto, acudí a mi abuelo. En realidad, no sabía cómo plantear el tema pero, al fin me decidí a hacerlo, de la forma más directa:

- Abuelito, ¿cómo son las cosas en realidad?

Mi abuelo, pillado por sorpresa, no acabó de entender mi pregunta, así que me repreguntó:

- ¿A qué cosas te refieres? ¿Y a qué realidad?

Mi perplejidad aumentó con aquello. ¿Estaba mi abuelo sugiriendo que había más de una realidad? Así que lo planteé de otra manera:

- Es que, si miro las cosas por este lado de los gemelos, las veo más grandes de lo que son. Y, si las miro por este otro, las veo más pequeñas que en realidad.

- ¿Y cuál es el problema? – preguntó mi abuelo.

- Pues que...¿cómo son las cosas de verdad, grandes, pequeñas o como se ven?

Mi abuelo puso cara de satisfacción, ya que le alegraban sobremanera mis investigaciones, y dijo, como siempre, para incentivar mi pensamiento:

- ¿Tú a qué conclusión has llegado?

Yo estaba confuso. Ya había estudiado el problema desde todos los puntos de vista. O, por lo menos, eso suponía. Y no le había encontrado una solución satisfactoria. Así que tuve que responder:

- A ninguna. Porque veo las cosas de tres maneras.

- Bien, – sugirió mi abuelo – imagina que llevaras los gemelos puestos desde que naciste...

Yo me imaginé con los gemelos siempre delante de los ojos. Recuerdo que tuve que esforzarme para visualizar unos gemelos que fueran creciendo a medida que yo lo hacía y la idea me hizo sonreír.

- ¿...Cómo verías las cosas? – concluyó su pregunta.

Obtuve la respuesta rápidamente:

- Grandes.

- ¿Grandes?

- Sí.

- ¿Por qué? ¿Cómo sabrías que eran grandes?

Aquello no me lo esperaba. Y era verdad., Si lo veía todo a través de los gemelos, las cosas no serían ni grandes ni pequeñas. Simplemente “serían” como yo las veía. Me di cuenta de que mi abuelo, en vez de responder mi pregunta y solucionar con ello mi problema, me había creado uno nuevo. Y me quedé más perplejo de lo que estaba. Así que respondí:

- Bueno, si siempre las veía a través de los gemelos, las cosas no serían ni grandes ni pequeñas. Sólo serían así, como yo las veía.

- Y si, cuando ya fueras mayor, un día pudieras quitarte por un momento los gemelos, ¿cómo serían?

- Grandes y “normales” – respondí rápidamente?

- ¿Tú crees?

Me quedé pensando. Claro, mi abuelo tenía razón: si yo llevaba los gemelos puestos desde mi nacimiento, para mí las cosas “normales” serían las que había llamado “grandes”. Y, al quitarme por primera vez los gemelos, las vería pequeñas... Aquello era terrible. Porque el problema seguía sin resolver. ¿Es que las cosas no eran ni grandes ni pequeñas ni normales? ¡No podía ser! Miré a mi abuelo con desolación. El, esperó un momento a que grabase en mi mente el nuevo problema, y me dijo:

- ¿Vas comprendiendo?

- No. No lo entiendo – respondí molesto, casi con enfado.

- ¿No encuentras la solución?

- No. Pero, ¿por qué? Dije desesperado.

- Porque no tiene solución. – fue su descarnada respuesta.

Me quedé desorientado. ¡No podía ser! Siempre había una respuesta para todo. ¿Cómo no iba a haber una respuesta para aquello? Lleno de frustración, le pregunté:

- ¿Entonces las cosas no son de ninguna manera?

- Sí y no. – me respondió, mientras me miraba de soslayo con pícaros ojos.

- ¿Sí y no? ¿Cómo es posible? – inquirí muy serio.

- Dime, - me dijo – las cosas están fuera de tu cabeza o dentro de ella?

- Fuera – respondí rápidamente con una sonrisa. Mi hermana, que había estado jugando con sus muñecas, viendo que la cosa se ponía interesante, se encaramó a las rodillas de mi abuelo y terció en la conversación:

- Están fuera, abuelito – dijo, porque yo las puedo tocar. O sea, que están fuera.

- Y – respondió mi abuelo – si miras una cosa y la ves y, luego, cierras los ojos, ¿sigues viéndola?

- Sí – dijimos los dos a coro.

- Y, esa cosa que ves, ¿está dentro o está fuera de la cabeza?

- Fuera – se apresuró mi hermana.

- Dentro – dije yo.

Mi hermana reaccionó. Me miró con aplomo y me dijo:

- O sea, que si tú miras la mesa, esa mesa del comedor, después de mirarla, cierras los ojos y toda la mesa se mete dentro de tu cabeza, ¿no? ¿Y cómo cabe?

El problema me preocupó. Era cierto que la mesa del comedor no cabía en mi cabeza. Y, si miraba la casa entera cabía menos aún. Pero yo estaba convencido de que lo que yo veía estaba dentro de mi cabeza. Así que respondí:

- Está dentro porque, si no, ¿cómo puedes acordarte de ella? Cuando te acuerdas de la mesa ¿no la ves dentro de tu cabeza, aunque no la tengas delante? ¡Entonces, está dentro!

Mi abuelo nos miró con una sonrisa de satisfacción. Le encantaba vernos pensar y mantener nuestras opiniones. Tras unos instantes, terció en la conversación:

- ¿Cuál creéis que es el papel de los ojos?

Aquella pregunta nos descolocó a los dos. Yo me puse a pensar. Estaba claro que el papel de los ojos era ver. Pero, ¿qué era ver? Por supuesto, no era meterse las cosas en la cabeza, porque las cosas, aunque las mirases, seguían estando donde antes. Por lo tanto, lo que yo veía en mi cabeza era sólo una copia. ¡El ojo copiaba las cosas!

- Copiar las cosas dentro de la cabeza – dije, triunfante.

- Recordar cómo son las cosas – dijo mi hermana.

- Pero, - terció mi abuelo - ¿qué es lo que le llega al ojo?

Nuevo problema. Al ojo le llega... y ahí me quedé. Mi hermana, a su vez, se quedó igualmente sin respuesta. Y los dos miramos inquisitivos a mi abuelo. Éste, sin inmutarse, formuló una nueva pregunta:

. ¿Por qué no vemos en la oscuridad?

¿Pero qué tenía que ver aquello con lo que estábamos hablando? Recuerdo que estuve a punto de decirlo. Pero, sabiendo que mi abuelo siempre sabía lo que hacía, me reprimí y me puse a pensar en la respuesta. Y ésta no tardó en llegar, al mismo tiempo que la de mi hermana.

- Porque no hay luz.

- Muy bien – dijo mi abuelo - ¿Qué es, pues, lo que el ojo percibe?

- La luz – dijimos los dos. Pero yo me revolví enseguida y añadí:

- Pero yo no veo la luz, sino las cosas. Lo que pasa es que, si no hay luz, no las veo. Pero la luz no la veo.

Mi hermana estaba en silencio, tratando de aclarar todo aquel embrollo. Tras un momento de reflexión, dijo muy convencida:

- El ojo sí que ve la luz, porque cuando está oscuro, no ve nada y cuando hay luz, ve.

- Los dos tenéis razón – dijo por fin mi abuelo. – Lo que los ojos perciben es la luz reflejada por las cosas.

Siguió un momento de profunda meditación. Empecé a comprender: Por eso los cristales no se ven, porque son transparentes y no reflejan la luz. Y por eso se les pone a los espejos detrás el azogue, para que la reflejen.

- Sí, - dije – porque los cristales de la ventana, por ejemplo, que son transparentes, no se ven. Y son transparentes porque no reflejan la luz., ¿no, abuelito?

- Exacto – me respondió.

- ¿Y las demás cosas sí que reflejan la luz? – preguntó mi hermana, incrédula.

- Sí, - dijo mi abuelo.

- ¿Y por qué unas cosas son más brillantes que otras o más blancas o más negras o más oscuras? – insistió ella, aún no convencida.

- Depende de la luz que absorban y de la que reflejen. – respondió mi abuelo.

Aquello sí que era sorprendente. O sea, ¿que las cosas absorbían la luz! ¿Y dónde se la guardaban? ¿Y por qué reflejaban parte de ella? ¿Es que no les gustaba? ¿Es que ya estaban llenas y no les cabía más? Todas estas preguntas se agolparon en mi cabeza, que parecía querer estallar. Me sentí verdaderamente abrumado. Así que eché por la calle de en medio y dije:

- No entiendo nada, abuelito. Yo sólo quería saber cómo son las cosas en realidad y mira... - me interrumpí contrito – ahora no sólo no sé eso sino que no sé nada de nada.

Mi abuelo se rió de buena gana. Nos miró, esperó un momento y dijo:

- Es que esos problemas han llevado de cabeza a los sabios desde siempre.

- ¿Desde siempre? – preguntó mi hermana.

- ¿Y aún los llevan? – quise saber yo.

- Pues sí. Y aún los llevan. En realidad aún no sabe qué es la luz.



Mi hermana y yo nos miramos. Entonces ella, se apresuró a decir, con suficiencia:

- Pues yo sí que lo sé.

Mi abuelo volvió a reír. Esta vez a carcajadas. Yo, en cambio, me quedé muy serio. ¿Sería capaz mi hermana de haber encontrado lo que los sabios no?

- ¿Y qué es? – preguntó, al fin, mi abuelo.

Mi hermana se quedó un momento pensando. Luego dijo muy decidida:

- La luz es...la luz. Está claro. Lo contrario de la oscuridad. – y se quedó tan tranquila.

A mí aquello no me convenció. Así no se podían explicar las cosas. Si decía que lo blanco es lo que no es negro, en realidad no había dicho nada. Y si decía que el gato no era un perro, tampoco. Así que dije:

- Eso no es saber lo que es la luz. Eso es saber lo que no es.

- Bueno – respondió mi hermana - ¿y no es lo mismo?

- No. No es lo mismo. Cuando yo quiero saber lo que es una cosa, quiero saber lo que es y no lo que no es.

Mi hermana se quedó pensativa. Yo seguí:

- Si yo quiero explicar a alguien quién eres tú, tú crees que lo entenderá si le digo que no eres la tía Paca?

- Bueno...no. – respondió muy seria.

Mi abuelo, viendo que derivábamos sin utilidad, terció:

- ¿Por qué no recapitulamos todo lo que hemos descubierto? – dijo.

Mi hermana y yo sonreímos por dentro, satisfechos de no tener que seguir discutiendo sin saber adónde iríamos a parar, y respondimos a la vez:

- Bueno.

Como casi siempre, empezó mi hermana y dijo:

- Que las cosas se pueden ver más grandes o más pequeñas, según las miremos por un lado o por otro de los gemelos.

- Que vemos las cosas porque reflejan la luz. – añadí yo.

- Que el ojo percibe la luz. – agregó mi hermana.

- Que lo que está en la cabeza no son las cosas, sino su recuerdo. – aporté orgulloso.

- Que sin luz no se ve. – añadió mi hermana.

- Que...

Mi abuelo nos interrumpió preguntado:

- ¿Qué es lo que cambia cuando miramos por un lado o por otro?

Sentí que ése debía ser el camino. Hasta me emocioné con aquel nuevo sendero. E inmediatamente dije:

- El ojo no cambia.

- Las cosas tampoco. – añadió mi hermana.

Y ahí nos quedamos. Yo me preguntaba, si no cambia ni el ojo ni las cosas, ¿qué es lo que cambia? Y, como una ráfaga de aire fresco, me vino la idea:

- ¡El cristal!

- ¿El cristal? – preguntó mi hermana – El cristal tampoco cambia. Sólo lo pones por un lado o...

Y ahí se quedó, al darse cuenta de que esa debía ser la explicación.

Mi abuelo volvió a intervenir. Y lo hizo de un modo inesperado.

Dijo:

- Vamos a seguir la investigación pero con más datos, ¿queréis?

Lógicamente, aquello nos llenó de ilusión. Todo lo que fuera investigar nos encantaba, así que aceptamos nerviosos por ver cuál era el siguiente paso de mi abuelo. Él, sin inmutarse, tomó los gemelos en sus manos y empezó a desmontarlos. Recuerdo que, inmediatamente, me pregunté cómo no se me había ocurrido aquello antes. Aunque tenía los gemelos ya bastante tiempo y era muy aficionado a desmontar los juguetes, no se me había ocurrido hacerlo con los gemelos, pues nunca los consideré como juguete, sino como una herramienta o un aparato, algo que había que respetar, y yo sabía por experiencia que, cuando desmontaba un juguete, el pobre ya nunca volvía a ser el mismo de antes. Mientras yo me hacía todas estas reflexiones, mi abuelo terminó de desmontar los gemelos. Sus distintas piezas quedaron sobre la mesa. Mi hermana y yo las miramos intrigados. Y pronto, entre todas ellas, llegué a la conclusión que las verdaderamente importantes eran cuatro cristales redondos, transparentes y diminutos. Mi hermana, que había concluido lo mismo, tomó uno en sus manos y dijo observándolo:

- ¡No es plano!

Yo me apresuré a tomar otro y a observarlo y comprobé que no, que no era plano, sino curvo. Y ello me hizo pensar que ahí debía estar la explicación de todo el misterio. Pero no pude acabar de descubrirlo, así que me limité a decir:

- Si los cristales no son planos será por algo.

Mi abuelo nos observaba en silencio. Yo, repentinamente, tuve la idea de mirar a través del cristal que tenía en la mano. Y resultó que lo vi todo distorsionado. Fue una desilusión. Mientras tanto, mi hermana, sobaba todos los cristales restantes. Y, de repente dijo:

- Estos dos son iguales y este otro no. Y el que tienes tú – me dijo – debe ser como éste.

Me apresuré a tocar los cuatro cristales y comprobé que, en efecto, había dos que eran como una lenteja y los otros dos... Mi hermana se adelantó:

- Hay dos que son como las lentejas, con tripita. Y los otros dos son lentejas al revés.

- ¿Lentejas al revés? – dije extrañado- ¿Y cómo son las lentejas al revés?

- Pues así, hacia dentro – dijo mi hermana ayudándose de la mano para indicar su concavidad. –Mira - siguió – lo que en ésta va hacia fuera, en ésta otra va hacia dentro.

Mi abuelo vino en nuestro auxilio diciendo:

- En efecto. Esas dos lentes – que así se llaman estos cristales – son convexas y las otras dos, son cóncavas.

Mi hermana y yo nos miramos sin saber qué decir. Mi abuelo prosiguió:

- Y es la forma del cristal, o de la lente, lo que hace que la luz cambie de dirección y aumente o disminuya la imagen que le llega de las cosas.

Mi hermana y yo pensábamos rápidamente, tratando de captar aquella novedad tan aclaratoria. Yo, una vez comprendido y asimilado el asunto, me vi impulsado a retomar mi preocupación inicial y dije:

- Entonces, abuelito, si las lentes aumentan o disminuyen las imagen, es que las cosas son en realidad como las vemos sin gemelos, ¿no?

- ¡Claro! – dijo mi hermana – Los ojos no las aumentan ni las disminuyen, así que son como las vemos.

Mi abuelo se quedó en silencio un largo rato. Y nosotros hicimos lo propio, pues nada se nos ocurría añadir a lo ya dicho. Por fin, mi abuelo pareció haber organizado las cosas y dijo:

- ¿Sabéis que en cada ojo tenemos todos una lente con forma de lenteja, como ésta? – y nos mostró, en su mano, una de las lentes que había sobre la mesa. Entonces fuimos mi hermana y yo los que nos quedamos en silencio. ¿Nosotros teníamos una lente en cada ojo? Aquello parecía una broma. Pero, claro, mi abuelo estaba muy serio y, además, - pensé yo – de alguna manera veremos, algún mecanismo hará que nos llegue la imagen de las cosas. Pero ¡una lente con forma de lenteja! Recuerdo que pensé en un plato de lentejas y me pareció poco serio. Mi hermana, una vez asimilado todo, preguntó muy seria:

- ¿Entonces las lentejas ven?

Mi abuelo soltó una carcajada mientras la estrechaba contra sí. Luego, ya serio, dijo:

- Es que las lentes de los gemelos tampoco ven. Sólo cambian la dirección de los rayos luminosos. El que ve es el nervio óptico, que tenemos en cada ojo.

- ¿Un nervio? – exclamó mi hermana - ¿Un nervio que ve? – Aquello le parecía demasiado. Claro que, para mi hermana, “nervios” eran los trocitos de tendón que, de vez en cuando, le salían en los filetes al comerlos y que ella rechazaba sistemáticamente. Mi abuelo dijo:

- Sí. nervios. – reposó un momento y prosiguió - Todo el cuerpo está lleno de nervios, que son como los hilos de la luz, que transportan la corriente eléctrica. Y si no fuera por ellos, no veríamos ni oiríamos, ni oleríamos, ni gustaríamos ni percibiríamos nada con el tacto.

Mi hermana y yo nos miramos con asombro. Recuerdo que, tras la sorpresa inicial, pensé que, claro, de alguna manera teníamos que conocer lo de fuera de nuestro cuerpo. Pero me disgustó pensar que éramos una especie de muñecos, llenos de hilos, que...mi abuelo interrumpió mis reflexiones:

- Nosotros, nuestro verdadero “yo” está dentro del cuerpo y, para saber lo que hay fuera de él, necesita los cinco sentidos. Y esos cinco sentidos terminan en un nervio cada uno, en el punto donde está el sentido correspondiente. Sólo el tacto está repartido por todo el cuerpo.

- O sea – dijo mi hermana – ¿que los nervios se asoman afuera y ven el mundo?

- Algo así. – dijo mi abuelo.

- Pero – quise saber yo - ¿qué ven? y ¿cómo ven sin ojos?

Mi abuelo sonrió y respondió:

- Ellos no ven, sino que perciben vibraciones y luz y colores.

- ¿Y qué pasa con esas cosas que ellos perciben?

- Que llegan a nuestro cerebro y éste las interpreta. Y es él el que dice al “yo” que lo que el nervio óptico (que es el de los ojos) ha percibido es una casa o una flor; y que lo que el nervio del oído ha percibido es nuestro nombre o el ladrido de un perro; y que lo que el nervio olfativo ha captado es un perfume de rosa o el olor del mar; y que lo que los nervios de la lengua han detectado es dulce o es salado o es agrio; y que lo que nuestros dedos tocan es duro o blando o rugoso o pincha...

Mi hermana y yo estábamos profundamente impresionados. Los dos tratábamos de asimilar todo aquello tan nuevo y tan sorprendente. A mí se me había desmoronado algo. Nunca me había planteado las cosas así. Me parecía natural que viéramos y que oyéramos y que oliéramos, pero...¿así? Me dio la sensación de que habíamos dejado de ser personas para convertirnos en marionetas manejadas por hilos y, además...¿y me surgió la pregunta que me bullía en la mente y no acababa de concretar:

- Entonces, abuelito ¿no vemos todas las cosas igual?

Mi abuelo manifestó satisfacción por la pregunta. Y dijo:

- No. Hay gente que necesita usar gafas ¿no?

- Sí. - dijimos, reflexivos.

- Pues eso significa que no ven como los que no las necesitan. Y – añadió – hay quien ve todos los colores y quien no los ve todos o quien no ve ninguno y hay gente que es ciega o sorda...

Aquello estaba desmontando rápidamente nuestro mundo, en el que todo sucedía “porque sí y de una manera natural”, y reconstruyéndolo de otro modo inesperado, que lo alejaba de nosotros, que lo hacía menos familiar y hasta extraño y sin explorar y sin saber manejarlo y teniéndolo que aprender...Lo que decía mi abuelo era cierto: había gente que no percibía bien las cosas. Pero ¿y los demás?

- ¿Entonces, – dije - cada uno ve o percibe las cosas de una manera distinta?

- Al parecer, sí. – dijo mi abuelo, rotundo.

- ¿Al parecer?- preguntó mi hermana, desconcertada con tanta novedad- ¿por qué al parecer?

- Porque nadie puede saber cómo perciben las cosas los demás – fue la definitivamente alarmante respuesta.

Aquello supuso un nuevo mazazo a nuestra hasta entonces clarísima visión del mundo y de la gente. Siempre había supuesto que todos lo percibían todo como yo. Pero aquello convirtió a todos los demás en extraños. Y miré a mi hermana preguntándome si ella también vería las cosas de otra manera. Y mi mirada se cruzó con la suya que, indudablemente, se estaba preguntando lo mismo. Sentí que, en un instante, se me había alejado de ella y de mi abuelo y de mis padres y de toda la humanidad. Me sentí solo, angustiosamente solo en el mundo. Porque, si cada uno veía las mismas cosas de modo distinto...y , entonces, se me produjo otro salto interno importante en mi afán por hallar respuestas:

- ¿Y pasa lo mismo con todo lo demás? – pregunté alarmado.

- ¿A qué llamas “todo lo demás”? – quiso saber mi abuelo, aunque yo ya presentí que lo sabía.

- A todo. – dije – Porque, si ven las mismas cosas como distintas, también pensarán sobre ellas de modo distinto y entonces ...todo se complica y no hay modo de saber quién tiene razón y...- concluí, abrumado por el problema presentía que se me venía encima y que no acababa de concretar.

Mi hermana estaba tan asustada como yo. Lo noté en su mirada. La vi sin saber qué pensar ni qué preguntar, ella que siempre tenía algo que decir... Mi abuelo nos dejó digerir un poco tanta novedad y añadió:

- Bueno, ahora podéis comprender por qué los hombres discuten tanto y hasta hacen guerras...

Nosotros, que estábamos viviendo la guerra, pudimos en aquel momento intuir, a nuestro modo, la causa de aquellas diferencias de opinión entre unos y otros.

- Sí. – ratificamos los dos, con nuestras cabezas llenas de pensamientos nuevos, recién estrenados y que no sabíamos aún cómo manejar. Mi abuelo acudió en nuestro auxilio y nos sacó de aquel impass:

- ¿Veis alguna relación entre lo que ocurre con los gemelos de teatro y lo que pasa entre los hombres?

El cambio de tema nos liberó un poco del agobio de los nuevos descubrimientos. Pero mi abuelo sabía dirigir nuestros pensamientos hacia la meta que se había fijado. Mi hermana, como de costumbre, no tardó en reaccionar y fue la primera en responder:

- Que unos vemos las cosas de una manera y otros de otra.

Yo capté la idea de mi hermana y la expuse de otro modo:

- Que unos miran las cosas por una parte, y las ven más grandes de lo que son, y otros por la otra, y las ven más pequeñas de lo que son.

-¿Y quién tiene razón? – insistió mi abuelo.

- Todos – fue la respuesta de mi hermana.

- Nadie – fue la mía.

Mi abuelo sonrió y, abrazándonos a los dos nos dijo:

- ¿Veis lo que hemos descubierto? Tampoco vosotros las veis del mismo modo.

Mi hermana y yo nos miramos asombrados. Estábamos acostumbrados a discrepar, pero lo considerábamos normal. En aquel momento, sin embargo, comprendimos que aquello tenía raíces más profundas y que nuestras diferencias de puntos de vista obedecían a razones determinadas. Y nos quedamos sin saber qué añadir a aquello.

Mi abuelo acabó de completar el cuadro diciendo:

- Sí, cada uno de nosotros llevamos nuestro propio cristal para ver las cosas y las personas y los acontecimientos y todo. Y ese cristal, distinto de los de todos los demás, tiene un color determinado, que es el nuestro. Y, según sea nuestro cristal, vemos las cosas de una manera o de otra y de un color o de otro. Y siempre pensamos que tenemos razón y que los demás las deberían ver como nosotros. Y que, si no lo hacen, es porque están equivocados.

Aquello aclaraba muchas, muchas cosas. Pero creaba muchos más problemas. El de la convivencia con los demás, que fue el que me estaba rondando desde hacía rato por la cabeza – entonces me di cuenta - se me presentó ante los ojos mentales. ¿Cómo convivir con los demás si cada uno ve e interpreta las cosas de distinto modo? Angustiado, recurrí a mi abuelo:

- Pero, abuelito, entonces, ¿Cómo se puede convivir?

Mi abuelo se puso serio y respondió:

- Por eso es preciso saber estas cosas y darse cuenta de que son necesarias la comprensión, la tolerancia, la simpatía, la educación, el respeto a los demás y el ser conscientes de que todos nos necesitamos unos a otros...¿comprendéis?

- Sí, abuelito – dijimos al unísono, llenos de novedades, de sorpresas pero también de ilusiones. Mi abuelo nos había proporcionado

las razones de las discrepancias, pero también las armas para navegar, sin demasiados problemas, por aquel nuevo mar que acabábamos de descubrir entre los tres.

\* \* \*



## LA PRIMERA COMUNIÓN

### 8.

Corría el año 1.940. Hacía poco más de doce meses que había concluído la guerra civil española. Mi padre estaba en la cárcel, según ya he relatado en el anterior volumen, como consecuencia de denuncias falsas de un compañero , y condenado a muerte. Nos habían arrojado de la casa en la que vivíamos y a la que mi padre tenía derecho, como funcionario del estado que era, y nos habíamos refugiado en la farmacia-vivienda del tío Indalecio, al que habíamos tenido escondido en la nuestra durante todo el conflicto. No teníamos ningún bien ni ningún ingreso. Yo había sido admitido en el colegio salesiano de San Antonio Abad (en el que mi padre había estudiado cuando niño), al final de la calle de Sagunto. Como casi todos los alumnos íbamos atrasados en los estudios, entre uno y dos cursos, como consecuencia de los tres años de guerra, - yo contaba entonces once - se nos había preparado rápidamente para la primera comunión. Pero unos días antes del acontecimiento, que debía tener lugar el domingo de Pascua de Resurrección, me enteré de que todos los compañeros de clase tenían preparado un traje para el acto y se asombraron y hasta se rieron cuando les dije que yo no lo tenía. Ese día, durante la cena, con un nudo en la garganta, pues me temía lo peor, le pregunté a mi madre si yo no iba a tener traje de comunión que, además, todos me habían dicho que eran preciosos, de oficial de marina, con muchos entorchados, galones y cordones dorados. Mi madre se quedó un momento en silencio y miró a mi abuelo. Comprendí que no iba a tener traje de marino, y un par de lagrimones me resbalaron por las mejillas, muy a mi pesar. Mi abuelo, sin darle importancia al asunto, me dijo:

- Después de cenar lo hablaremos, no te preocupes.

Eso me tranquilizó. Llegué a pensar que mi abuelo habría pensado en ello y, Dios sabe cómo, habría conseguido un uniforme para mí. Miré a mi hermana y vi su cara de sorpresa por las palabras de mi abuelo. Estaba tan intrigada como yo. Cuando terminó la cena. Mi abuelo se levantó y se sentó en una mecedora que utilizaba siempre. Mi hermana se encaramó en sus rodillas y yo me senté a su lado, en una silla. Era nuestra manera habitual de dialogar. Mi abuelo me miró, guardó un momento de silencio y me dijo:

- ¿Tú sabes lo que es un hombre?

La pregunta me dejó perplejo. ¿Un hombre? - pensé. Pues claro que lo sabía. Miré a mi hermana y vi sus ojos abiertos como platos. Así que dije:

- Sí.

- ¿Y qué es? - repreguntó.

Aquello ya me resultó más difícil. Pero hice acopio de todos mis conocimientos y de toda mi capacidad de síntesis y respondí:

- Es un ser humano.

- Muy bien - respondió mi abuelo sin inmutarse - Pero, qué es lo que hace que se distinga, por ejemplo, de un caballo o de una mesa?

Me vi obligado a reconocer que, si yo distinguía un hombre de un caballo o de una mesa, sería porque tenía algo característico y exclusivo, así que me puse a pensar qué era lo que me permitía distinguirlo. Mi hermana, a la que miré de reojo, estaba con el ceño fruncido, haciendo la misma operación que yo. Pero no era fácil. ¿En qué se distinguían? Claro que podía decir, por ejemplo, que el caballo tiene cola y que la mesa es de madera, pero ¿era eso lo que hacía que el caballo fuera caballo y la mesa, mesa? Estaba claro que no. Mi hermana se aventuró a decir:

- El hombre anda de pie y el caballo a cuatro patas.

- Bueno, dijo mi abuelo - es una buena diferencia. Pero, si un caballo se pone de pie se convierte en un hombre o, si un hombre camina a gatas, es un caballo?

Cuantas más vueltas le daba al asunto, más difícil lo veía. Pero yo me repetía, ¿cómo sé si estoy viendo un hombre o un caballo? Tras un arduo esfuerzo, dije sin mucha confianza:

- El hombre piensa.

Mi abuelo pareció satisfecho. Me miró, sonrió y dijo:

- Muy bien. El hombre piensa y el caballo y la mesa, no. Pero, ¿es eso lo único que los diferencia?

Mi hermana, que no quería quedarse atrás, se arriesgó:

- El hombre habla y el caballo y la mesa, no.

- Muy bien - dijo mi abuelo. Es otra de las diferencias importantes. Pero, ¿no veis más?

Aquello no podía quedar así. Yo estaba forzando mi mente al máximo. Era indignante saberlos distinguir y, sin embargo, no poder exponer qué era lo que los distinguía. Al fin, decidí reconstruir todo el planteamiento. Yo sabía que aquella conversación tenía que ver con lo de mi traje de comunión, así que, empecé por ahí. Y, a poco, se me hizo la luz y exclamé:

- El hombre tiene un espíritu, un alma y el caballo y la mesa, no.

- Estupendo - dijo mi abuelo satisfecho - todas las diferencias que habéis citado son ciertas y son importantes, pero la fundamental es ésta.

Mi hermana y yo nos miramos satisfechos. Pero los dos, conociendo a mi abuelo, nos preguntamos enseguida por qué derroteros iba él a encarrilar nuestra conversación a partir de ese momento. Tras un silencio característico, durante el cual mi abuelo parecía siempre prever lo que todos íbamos a pensar y a decir, exclamó:

- ¿Y qué creéis que es lo que más interesa a Dios del hombre?

Estaba claro. Mi hermana se adelantó:

- El alma.

- ¿Y qué traje lleva el alma? - inquirió mi abuelo rápidamente.

Mi hermana y yo nos miramos intrigados. Yo nunca había visto un alma y, desde luego, no creía que vistieran ningún traje, así que aventuré:

- Ninguno. Las almas no llevan traje.

- Claro que lo llevan - respondió mi abuelo - claro que lo llevan.

Mi hermana y yo nos quedamos boquiabiertos.

- ¿Y cómo es, abuelito? - preguntó intrigada mi hermana.

- ¿Cómo pensáis que es? - respondió mi abuelo, que nunca quería hacer el trabajo por nosotros, y nos enseñaba así a pensar y a obtener nuestros propios puntos de vista y nuestras propias conclusiones. Yo volví a sumergirme en mis pensamientos. Y regresé a la comunión. Recordé todo lo que se nos había dicho durante la preparación para ese

encuentro con Dios. Y, poco a poco, me fui dando cuenta de que mi abuelo se estaba refiriendo a las virtudes, así que exclamé:

- Las virtudes. El traje del alma son las virtudes.

- ¿Las virtudes? - exclamó mi hermana sorprendida - ¿Las virtudes, el traje del alma?

- Sí - respondí yo - porque el alma no lleva traje, pero si no tienes virtudes y buenas costumbres y si mientes y robas y eres desobediente, entonces tomas la comunión como desnudo y, en cambio, si eres bueno y obediente y no haces nada malo, entonces el alma está protegida o vestida con las virtudes, que te defienden de las tentaciones.

- No lo entiendo - exclamó mi hermana, desolada. Mi abuelo intervino para centra las cosas, diciendo:

- Vamos a ver: ¿qué es una virtud?

Nuevo desafío. Pero esa idea la tenía yo bastante clara, así que repliqué rápido:

- Es un hábito de hacer cosas buenas.

- ¿Eso es?- preguntó desilusionada mi hermana.

- Sí - dije yo - y por eso es como un traje. Porque si tienes la costumbre de hacer cosas buenas, cuando viene una tentación de hacer algo malo, la virtud te defiende. Es como si fuera un traje que te protege del frío.

Mi abuelo, reflejando en su rostro gran satisfacción, exclamó:

- Eso es. La virtud es como un traje del alma. Mi hermana, rumiando aún el nuevo concepto, asintió en silencio, una vez lo vio claro. Mi abuelo, con esa idea en el aire, insistió:

- ¿Y qué traje pensáis que le interesa y le gusta a Dios, el del alma o el del cuerpo?

- El del alma - respondimos los dos.

- ¿Por qué?

- Porque, ¿para qué le sirve a Dios un traje de tela? - dijo mi hermana muy ufana.

- Lo que le gusta a Dios - completé yo - es la virtud, el que hagamos cosas buenas, o sea, el traje del alma.

- ¿Y vosotros pensáis que el tratar de producir envidia en otros o el presumir de lo que se tiene, ante los que tienen menos, es una virtud? - encarriló mi abuelo el asunto. Tras breve reflexión, lo vi claro, así que exclamé:

- No. Porque la envidia es mala y si yo produzco envidia, estoy haciendo lo malo.

- ¿Y eso le gustará mucho a Dios? - insistió mi abuelo.

- No - dijo mi hermana - no le gustará nada, porque es malo.

Mi abuelo creyó llegado el momento de recapitular y dijo:

- ¿Qué hemos, pues, descubierto en nuestra conversación?

Mi hermana y yo nos miramos y nos dispusimos a recordar hallazgos. Como casi siempre, se me adelantó, exclamando:

- Que el hombre es un alma.

- Y que el alma está protegida por las virtudes, que son su traje - añadí yo.

- Y que presumir y querer ser más importante que los demás es negativo y no le gusta a Dios - completó mi hermana.

Mi abuelo vio llegado el momento y, mirándome a los ojos, me preguntó:

- ¿Dónde está, pues, el problema de tu traje de comunión?

La pregunta era definitiva. Después de lo que habíamos hablado y de los hallazgos hechos, vi claro que el traje del cuerpo no era importante para Dios. Y que el verdaderamente importante para Él era el otro, el de las virtudes. Y que no tenía ningún sentido - porque, además, era negativo - el llevar un traje muy caro o con muchos cordones para dar envidia a los demás. Porque ese traje no añadía ninguna virtud ni ningún valor a mi alma. Así que respondí, convencido:

- Ahora ya no es ningún problema, abuelito.

Mi abuelo, entonces, pasando su brazo por mis hombros, me oprimió contra sí, al tiempo que me decía:

- Deja que los demás se preocupen de producir envidia y de sentirla, sin entender que lo que Dios quiere es que sean buenos. Nosotros, tú lo sabes, no tenemos dinero. No tenemos nada. ¿Tú crees que a Dios le iba a gustar mucho que la mamá se gastara lo que no tenemos para que tú produzcas envidia a otros o te enorgullezcas de tu traje de tela? ¿Te das cuenta de que lo mejor que puedes hacer es prepararte un buen traje para el alma y dar a Dios esa alegría? La primera Comunión es un asunto entre Dios y tú, no entre tú y tus compañeros de clase.

- Está claro, abuelito. Lo he comprendido muy bien - dije convencido. Y ahí terminó la conversación.

Mi madre habló con los profesores diciéndoles que, para no desentonar del conjunto, yo tomaría la comunión aparte. Así que, el mismo día de Pascua, una hora antes que mis compañeros, fuimos toda la familia a misa, comulgué con gran devoción, con mi “traje de los domingos” sobre el cuerpo y otro hermoso traje sobre mi alma y, luego, nos fuimos a casa y mi abuela nos obsequió con un tazón de chocolate “espeso”, que era el que nos gustaba, y que no sé cómo había logrado. Fue una velada que jamás olvidaré y en la que todos nos sentimos felices. Y yo, más que nadie.

Cuando veo hoy a la Humanidad que me rodea, tan preocupada por presumir, por ostentar, por valorar a los demás según los bienes materiales que poseen o que exhiben, sin mirarse los adentros ni un momento y sin caer en la cuenta que de todo eso nada se llevarán el día en que mueran, recuerdo las lúcidas palabras de mi abuelo que, a aquella temprana edad, ya me hicieron reflexionar sobre lo verdaderamente importante y lo superfluo, lo que tiene verdadero valor y lo que, aunque todos lo valoren, nada vale.

\* \* \*